

ISSN: 1659-2220

AÑO 6 • 2011

BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA COSTARRICENSE
DE LA LENGUA

TERCERA ÉPOCA



SAN JOSÉ, COSTA RICA

COMISIÓN EDITORIAL

DANIEL GALLEGOS TROYO
EMILIA MACAYA TREJOS
ESTRELLA CARTÍN DE GUIER
FLORA OVARES RAMÍREZ
AMALIA CHAVERRI



*La Academia Costarricense de la Lengua
agradece a la Editorial Universidad de Costa Rica
la publicación del presente boletín.*

Miembros
de la Academia Costarricense
de la Lengua

D.^a Estrella Cartín de Guier, *Directora*
D. Carlos Francisco Monge Meza, *Secretario*
D. Adolfo Constenla Umaña, *Tesorero**
D. Alberto F. Cañas Escalante
D. Daniel Gallegos Troyo
D.^a Julieta Pinto González
D. Arnoldo Mora Rodríguez
D. Rafael Angel Herra Rodríguez
D. Samuel Rovinsky Gruzco
D. Miguel Ángel Quesada Pacheco
D.^a Emilia Macaya Trejos
D. Fernando Durán Ayanegui
D. Laureano Albán Rivas
D.^a Amalia Chaverri Fonseca
D.^a Julieta Dobles Izaguirre
D. Jorge Sáenz Carbonell
D. Armando Vargas Araya
D.^a Flora Ovares Ramírez
D.^a Marilyn Echeverría de Sauter

* Inicia funciones en junio de 2011.

BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA COSTARRICENSE
DE LA LENGUA

SUMARIO

Obituario

Adolfo Constela Umaña

Enrique Margery

(24 de abril de 1938 - 25 de junio de 2011) 11-13

Guillermo Barzuna Pérez

Virginia Sandoval de Fonseca

(7 de diciembre de 1921- 7 de agosto de 2011) 15-16

Discursos académicos

Armando Vargas Araya

El evangelio de Don Florencio del Castillo 19-31

Flora Ovarés Ramírez

Descifradores de patrañas: un elogio de la lectura 33-46

Artículos

Víctor Mal. Sánchez Corrales

MA(J)E. De la denotación a la apelación 49-63

Amalia Chaverri Fonseca

Nuevas fábulas. La “otra” literatura de Rafael Ángel Herra . . 65-72

Reseñas

Mario Portilla

Semblanza de Karen Poe y reseña del libro *Eros pervertido*. . . . 75-78

Gabriela Salas Núñez

El oído mágico de José Picado Lagos 79-84

Flora Ovaris Ramírez

Itinerarios del deseo. Los pasajes de Cortázar de Alma Aguilar 85-86

Obituario

IN MEMORIAM

Adolfo Constela Umaña

Enrique Margery Peña nació en Santiago de Chile el 20 de abril de 1938. No obstante las limitaciones económicas en medio de las cuales transcurrieron su niñez y su adolescencia, su firmeza de carácter y su inteligencia hicieron posible que a los dieciocho años ingresara en el famoso Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, en el cual obtuvo el título de Profesor de Castellano en 1961.

En 1962 inició la práctica de su profesión en el norte del país, en Copiapó, luego, durante 1964 y 1965 trabajó en Victoria, en el sur, y de 1966 a 1974 en Arica.

En 1972, permaneció en España de febrero a noviembre disfrutando de becas que le permitieron asistir a cursos para profesores de lengua y literatura españolas.

En setiembre de 1973 se produjo el golpe de estado de los militares contra el gobierno de Salvador Allende. Como Enrique Margery había militado activamente en el Partido Socialista desde su época de estudiante del Instituto Pedagógico, pronto comenzó a sufrir acoso por parte de la dictadura que se estableció. La situación se volvió insoportable y tuvo que exiliarse en mayo de 1974.

Cuando esto sucedió, ya había alcanzado los 36 años de edad, esto es, casi la mitad de lo que habría de durar su vida. Su principal interés intelectual estaba constituido por la teoría literaria y su aplicación a obras de las literaturas en lengua castellana, pero todavía no había encontrado algo que lo motivara a aprovechar debidamente su enorme energía y su indiscutible talento. Un claro indicador de esto es el hecho de que para entonces no contara más que con una publicación: un artículo de crítica literaria aparecido en 1973 en España.

En nuestro país consiguió empleo en la Universidad de Costa Rica a partir de junio de 1974 y los siguientes cuatro años trabajó principalmente como profesor del curso de castellano de Estudios Generales y de cursos de literatura en tres sedes regionales. En 1977 comenzó, sin embargo, a producirse un cambio muy importante en su vida. Se matriculó en la maestría en lingüística ofrecida por la Universidad de Costa Rica y conoció al doctor Jack Wilson, estadounidense creador de la carrera universitaria de lingüística en nuestro medio. Se produjo una grandísima empatía entre ambos y la lingüística comenzó a desplazar a la crítica literaria como su principal interés académico. En este primer cuatrienio de su estadía en Costa Rica su producción de publicaciones todavía siguió siendo baja: un

artículo de crítica literaria aparecido en 1975 y un análisis sobre la investigación en la Universidad de Costa Rica publicado como folleto en 1976.

Fue en 1978 cuando se produjo lo que se puede considerar como el hecho más decisivo en su trayectoria intelectual: entró en contacto con una lengua indígena, el bribri. Uno de los proyectos de investigación más importantes de la Sección de Lingüística, iniciado en 1976, era la elaboración de un diccionario de la lengua bribri. En vista de que a mediados de 1978, quien lo había tenido hasta entonces a su cargo debía salir del país para hacer el doctorado en los EE.UU., el coordinador de la sección, el Dr. Wilson, encargó a Enrique Margery el darle continuidad. El encuentro con lo indígena lo fascinó y este nuevo entusiasmo combinado con su interés en la lingüística lo llevó a trabajar afanosamente. Para la primera mitad de 1981 concluyó el diccionario que apareció en 1982 y que le valió en 1983 el premio Áncora del Periódico La Nación.

A partir de 1982, año en que obtuvo el título de Magister Litterarum en Lingüística, y hasta 1988, su interés se centró fundamentalmente en el cabécar, lengua que había empezado a investigar en 1979. Este período fue el más fecundo de su contribución a la lingüística descriptiva de una lengua indígena. Su producción se intensificó extraordinariamente y el resultado fueron 16 artículos y dos libros, uno de ellos el diccionario cabécar, hasta el presente el más completo que se ha elaborado de una lengua chibcha, que se publicó en 1989 y le valió el Premio Nacional de Cultura “Aquileo Echeverría”. En esta época también trabajó en etno-semántica, campo del que se volvió el principal impulsor en nuestro país.

El año de 1989 inició una nueva época que se prolongó hasta 1994 y en que claramente pasaron a predominar dos intereses que habían comenzado a despuntar en el período anterior: la lengua en que se centró su atención fue el bocotá, que había empezado a estudiar en 1984, y el arte verbal, sobre todo en lo relativo al contenido, y la folclorística en su vinculación con la delimitación de áreas culturales, desplazaron como tema de sus escritos a la descripción lingüística. Su relación con la Asociación de Literaturas Indígenas Latinoamericanas, iniciada en el período previo, adquirió especial importancia durante este tiempo, de modo que en 1990 le correspondió organizar su VIII Simposio Internacional, que se celebró en Costa Rica, y durante muchos años fue su vicepresidente para Latinoamérica. En este sexenio produjo dos libros y 20 artículos. Los libros y 14 de los artículos tratan sobre el arte verbal bocotá; los artículos restantes sobre arte verbal cabécar y sobre distribución geográfica de temas míticos en la América indígena.

En la mitología comparada y el método histórico geográfico de la folclorística, encontró lo que sería su motivación totalmente predominante en los últimos diecisiete años de su vida, de 1995 hasta el 2011. De ese período quedaron un artículo de tema lingüístico descriptivo, uno sobre la situación de las lenguas indígenas en los sistemas educativos, 12 de mitología comparada y método histórico geográfico, y cuatro libros que constituían el comienzo de una enciclopedia

de mitología comparada indoamericana, campo en que llegó a ser uno de los mayores conocedores a nivel mundial. Fue en este período, concretamente en el 2006, cuando fue incorporado a la Academia Costarricense de la Lengua, a la que representó en la Comisión Interacadémica a cargo de la última edición de la *Ortografía de la lengua española* (aparecida en el 2010).

Falleció el 25 de junio de 2011.

Su producción de por lo menos 55 artículos y 9 libros enriqueció enormemente nuestro conocimiento de la fonología, la gramática y el léxico de tres lenguas indígenas, del arte verbal de dos de ellas y de las variaciones y distribución geográfica de varios de los temas más importantes de la literatura oral de los indígenas de América. Además, nos brindó valiosos aportes en otros campos como la caracterización de la situación de las lenguas indígenas en Costa Rica en particular y en Hispanoamérica en general.

Aparte de sus notabilísimos méritos académicos, hay que señalar que Enrique Margery estuvo dotado al mismo tiempo de una simpatía extraordinaria y de un espíritu de servicio ejemplar, cualidades que le valieron un aprecio generalizado en todos los medios en que realizó actividades en nuestro país. Esto lo llevó tanto a aceptar mayor carga de cursos que la que podría habersele exigido y a dirigir una treintena de tesis, como a ocupar en la Universidad de Costa Rica cargos como los de director del Departamento de Lingüística, del Programa de Posgrado en Lingüística, y de la Revista de Filología y Lingüística, editor de la revista Estudios de Lingüística Chibcha y decano de la Facultad de Letras, para los cuales fue habitualmente reelegido. Además, fue durante largos años miembro del comité ejecutivo de Comisión Costarricense de Cooperación con UNESCO y fungió como tesorero de Academia Costarricense de la Lengua.

Su sentido del humor era genial. Permanentemente y sobre todo cuanto sucediera en torno suyo hacía excelentes chistes. A cuantos tuvimos la suerte de tratarlo nos regaló incontables momentos de alegría y regocijo.

Ante tal combinación de cualidades, se comprenderá la magnitud del vacío dejado por su partida.

VIRGINIA SANDOVAL DE FONSECA: BREVE RECUENTO DE UNA PASIÓN

Guillermo Barzuna Pérez¹

*Tómame en tus manos. Te habla el libro.
Por allí escuché que estamos en el año de la lectura
y en el año de la juventud.
Pues aprovecho la ocasión para que me conozcas.
Este es el primer paso para establecer una amistad estrecha.
Aunque me clasifican como objeto, tengo cuerpo y alma.*

Estas palabras, escritas en su *Autobiografía del libro*, sintetizan las grandes pasiones que transitaron en la vida académica de nuestra recordada Virginia Sandoval de Fonseca: la enseñanza, la literatura y la juventud.

Cuando ingresé a los Estudios Generales, fue mi profesora en la vieja Cátedra de Castellano en la Universidad de Costa Rica. Con ella aprendí a leer con sentido analítico y con júbilo los textos literarios. Leíamos ese año “El Señor Presidente” de Miguel Ángel Asturias, y con los beneficios de su enseñanza apreciamos, por una parte la retórica del texto en su sonoridad, en sus evocadoras jitanjáforas y, por otra parte, entendíamos cómo esas formas evocaban la realidad de un continente todavía lleno de violencia e injusticia. En su voz, la clase era la seducción ejercida por el mundo de las palabras, el descifrar con encanto los artificios de la metáfora y los símbolos.

Más adelante impartiría, en la convulsa década de los setenta, en la carrera de Filología, los cursos de Literatura española contemporánea y de Teoría literaria. Fui también su alumno en ese momento. La pasión con que estudiamos pasajes de la Generación del 27, el teatro de Federico García Lorca, la prosa de Azorín y *Niebla* de Unamuno, entre otros textos, marcaron hitos de lectura en muchos de los estudiantes de entonces.

Fundadora de los Estudios Generales, fue una profesora que supo conciliar siempre la investigación con la docencia de una forma coherente y sistemática. Cuando la estilística era el principal andamiaje teórico ‘en los estudios literarios, ella quiso innovar con nuevas aproximaciones epistemológicas. Introdujo, junto con otros profesores, el estructuralismo entre sus colegas a inicios de la década

1 Profesor del Sistema de Estudios de Posgrado, Universidad de Costa Rica.

de 1970. Más adelante, difundiría las teorías sobre semiótica de la literatura. Sus múltiples artículos y conferencias sobre el abordaje del texto dramático desde esta perspectiva así lo atestiguan.

Luego fue mi colega en los Estudios Generales y en la escuela de Filología. Los profesores noveles de entonces recordaremos siempre la mirada atenta y solidaria hacia las nuevas generaciones de educadores, el consejo necesario y pertinente, los comentarios críticos y creativos a los textos que analizábamos con los estudiantes. Y así como lo hizo con nosotros, compartió con varias generaciones de filólogos, desde los años cincuenta en la Universidad de Costa Rica hasta prácticamente el final del siglo XX.

Se interesó además en dejar constancia de su trabajo y de su pasión por los múltiples aspectos concernientes al mundo de la cultura y de las letras en diferentes publicaciones. En 1970 publica su *Curso básico de redacción*. En él reúne, en una especie de prontuario breve y de fácil manejo, una serie de normas prácticas que suelen ofrecerse dispersas en textos diversos, no siempre asequibles.

En 1974 publica con el Ministerio de Cultura un texto divulgativo sobre Manuel González Zeledón (Magón). En 1977 también con la editorial de este ministerio, da a conocer un estudio sobre la obra y los aportes del presbítero don Juan Garita, temprano escritor costarricense.

Un aporte significativo es sin duda el *Resumen de literatura costarricense*, de 1978. Completa su producción la *Autobiografía del libro* de 1978, publicada por la Asociación costarricense de Filólogos, organización de la que fue fundadora y presidente honoraria. Por último, en 1994, aparece el texto *La Lengua Materna*.

Fue además, integrante del Consejo universitario de la Universidad de Costa Rica, decana de la Facultad de Letras de la misma universidad y contribuyó en sus últimos años de vida, en forma muy activa, con la Academia Costarricense de la Lengua.

En todas estas nobles ocupaciones que ejerció la maestra Fonseca, mostró siempre una actitud de agudeza intelectual; de sistemático apego al rigor del análisis literario y, sobre todo, un extraordinario don para comunicar sus enseñanzas a sus estudiantes y posibles lectores.

En síntesis, la suya fue una vida dedicada a la academia, a la investigación, al amor por el lenguaje en todas sus formas. Doña Virginia fue una apasionada de los signos utilizados por la condición humana en su afán por comunicarse a través de la lengua cotidiana, la escritura y la dimensión estética del lenguaje. Y en esta última condición, sus alumnos y sus colegas siempre hemos rescatado esta enérgica cualidad de dilucidar de manera puntual e imaginativa, el delicado y elaborado movimiento que va de la percepción de la realidad a la representación verbal en la obra literaria.

Discursos académicos

EL EVANGELIO DE DON FLORENCIO DEL CASTILLO¹

Armando Vargas Araya

Agradezco la magnanimidad de elegirme a esta docta academia de bien público. Lleno de perplejidad y de aprensión, acepto la honrosa responsabilidad. Procuraré apoyar la encomiable labor que ustedes llevan adelante.

La Academia Costarricense de la Lengua es una institución meritísima, a la que han dado fama muchos de los principales nombres de nuestra cultura y alberga en su seno a todo cuanto de vivo y valioso milita al servicio de la civilización. Cultivar la lengua y las letras –el signo mayor de nuestra condición humana– es defender el alma costarricense, que siente, piensa, habla, escribe y lee en español.

Huéspedes del Instituto Cultural de México, recuerdo reverente al señor embajador don Jesús Cabrera Muñoz-Ledo, quien lo puso a caminar con pocos recursos y mucha esperanza.

He escogido un tema que vincula a Costa Rica, España y México: *El evangelio de Don Florencio*.

Nuestro contemporáneo del siglo XVIII

Mi propósito es rescatar las enseñanzas cívicas, éticas, filosóficas y políticas de un maestro adelantado, con el ánimo de hallar semillas de costarriqueñidad, ese perfil propio de comunidad con savia de nacionalidad, cincelado en granito del Chirripó.

El término evangelio, de origen imperial romano adoptado luego en el *Nuevo Testamento*, denota un género particular de narración validada con la autoridad que surte la realidad a la palabra. El vocablo evangelio encierra grandeza, enseñanzas de un maestro y anuncio de buenas nuevas.

El primer costarricense universal es el señor canónigo don Florencio del Castillo. La voz, el ideario y la singladura del letrado de la Colonia, marcan una ruta para el desarrollo de la personalidad nacional. A horcadas entre el despotismo y la Ilustración, la monarquía y la república, el vasallaje y la ciudadanía, él contribuye a otear una identidad propia, una autoconciencia de ser un pueblo distinto, un

¹ Leído en diciembre de 2007.

protonacionalismo o criollismo diferente de la madre patria, concepción amorfa todavía pero un hecho capital.

En el alba del siglo XXI, somos contemporáneos de este compatriota del siglo XVIII, porque sus preocupaciones sobre la dignidad de la persona y la estructura de la sociedad son las nuestras; en su obra y en su vida se espigan concepciones que apenas comienzan a realizarse; los valores y los ideales de este *pater et magister*; nos son de utilidad hoy.

La vocación celestial (1778-1805)

Nace en 1778, en Ujarrás, tercer hijo de la señora doña María Cecilia del Castillo Villagra. Es bautizado con el nombre de Florencio José, acorde con el santoral que marca el 17 de octubre como día de san Florencio mártir, obispo de Tréveris. Sus hermanos son doña Petronila, la primogénita; don Rafael, el segundo; don Demetrio, que le sigue a él; y don Luis, el benjamín.

Muy niño aún, la familia se traslada a San José, población liberal. A los quince años, asoma su propensión docente, cuando enseña a leer, a escribir y a contar.

La sola puerta abierta para avanzar es el Seminario Conciliar de León, Nicaragua, segundo foco académico de Centroamérica, luego de la Universidad de Guatemala. Tras completar la enseñanza media, opta por las sagradas órdenes. Influye en él la vocación de su señor padre, el fraile don Juan Luis de San Martín y Soto, al igual que en su hermano, el fraile don Rafael y, más tarde, en su sobrino, el presbítero don Francisco Calvo, quienes igualmente estudian en León. No se engaña en su juicio y es fiel a la Iglesia, hasta la hora de la muerte.

Su talento natural y su disciplina personal lo distinguen entre el grupo de «los costarricas» –aún no cuaja el gentilicio costarricense–. Corona sus estudios con un examen sobre aspectos del Derecho de la Iglesia en la *Collectio Dionysiana*, del siglo VI. La prueba de grado reverbera en la prensa guatemalteca, como demostración de que la luz disipa las tinieblas también en Nicaragua. Gana otro bachillerato académico en Filosofía. En la catedral de León es consagrado presbítero.

Acepta la tarea de explicar *Los elementos* de Euclides, eficaz instrumento de razonamiento deductivo, en el afán de introducir a sus alumnos en el pensamiento lógico por medio de la geometría.

Predica la oración fúnebre por un hermano de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios. Esboza un ideal de persona: la encarnación del amor como *agapé* o amor de benevolencia; la misericordia del corazón abierto a la miseria, que sufre solidariamente con el prójimo; la humildad como reconocimiento de las limitaciones propias y la conducta consecuente; la pureza como desposesión y pobreza, el amor sin codicia.

De la Filosofía a la política (1806-1810)

Retorna a Costa Rica y, durante un año largo, es teniente de cura en Alajuela, poblado de 5400 almas. Se granjea el afecto de la feligresía, que guardará buenas memorias de su Ministerio de la Palabra. Apoya el plan fallido de establecer un seminario conciliar. Cree que la persona lo debe todo a su educación: dotados de unas mismas facultades, hacen más uso de ellas quienes las cultivan; el hombre ilustrado conoce mejor su dignidad, se acostumbra a las comodidades y aumenta sus necesidades que le estimulan a trabajar para satisfacerlas. Empero, su «celestial vocación» opta por la cátedra ante el púlpito. Su breve presencia en el terruño es notada por los ediles del Ayuntamiento de Cartago.

Pronto es llamado desde su *alma máter* leonesa para enseñar Filosofía. En paralelo con las torres del pensamiento cristiano, expone el de los filósofos y los moralistas franceses. El Sensualismo, o modificaciones del alma, propuesto por el abate de Condillac – las facultades y las reflexiones como sensaciones transformadas en intelección – prende en el seminario. Más adelante aflorarán en él las ideas económicas de Condillac.

Allá recibe la noticia del fallecimiento de su señora madre, nexo vital de afecto y de sangre con su lugar de nacimiento. De la madre, más que del padre, viene el hijo.

El claustro lo escoge para hacer el panegírico del rector del seminario, quien poseía el secreto de hacerse apreciar y respetar a un mismo tiempo; los alumnos le obedecían sin exasperarse, le temían sin aborrecerle, le amaban sin despreciarlo. Sacerdote digno del santuario, ciudadano digno de la patria.

Por mérito propio, don Florencio es elevado a la Vicerrectoría del seminario. A los 32 años tiene asegurada una carrera académica de prestigio en la Centroamérica meridional. El clero y el foro de Costa Rica se forman en León. Por el estudio del latín, la filosofía y la geometría, logra un dominio preciso del lenguaje. El magisterio y el sacerdocio lo dotan de una cultura del alma, estímulo para facultades del espíritu, como los sentidos, la imaginación, el ingenio, la memoria o la elocuencia. Es un carácter firme y refinado, volcado al futuro en la consecución de un estado mejor.

De súbito, el acaso –o «la siempre vigilante Providencia sabia y provisor», que él dice– cambia decisivamente su plan de vida. Ocupada por el ejército napoleónico, España reconoce momentáneamente a sus colonias como provincias ultramarinas y convoca a Cortes generales y extraordinarias. El Ayuntamiento de Cartago lo elige diputado, en representación de Costa Rica y del Partido de Nicoya. Acepta y se compromete ante los patricios cartagineses a luchar en favor de la racionalidad, los derechos del hombre y la «omnímoda igualdad».

En la primera carta a sus poderdantes, utiliza ideas y voces con significado moderno. Patria, en sentido de unidad jurídica más que territorial. Derechos del

hombre, que conjugan las libertades o derechos naturales con los derechos civiles de participación política. Igualdad, la cual reconoce a todas las personas capacidad para unos mismos derechos.

Viaja a Honduras y se embarca en puerto Trujillo rumbo a Cádiz. Lo acompañan su hermano don Demetrio, seminarista que seguirá la carrera de leyes, quien es secretario suyo en España, y el esclavo mulato José Castillo, heredado de su señora madre, quien es su ayudante doméstico. Se aloja en una casa de familia y vive con modestia. Sus gastos son cubiertos, en parte, por las dietas o estipendios recibidos como diputado.

El profeta de la igualdad (1811-1812)

Integra su plataforma con las instrucciones recibidas de Cartago, más tres documentos de Guatemala. Se amiga con los diputados centroamericanos y se une al grupo parlamentario americano. En la mayoría de las propuestas y pronunciamientos del grupo, se distingue el influjo de *El espíritu de las leyes* (1748) de Montesquieu, *El contrato social* (1762) de Rousseau y la *Constitución de Francia* (1791). Los americanos hacen causa común con los liberales de la península. Al parecer, se adscribe a una logia secreta, cuyo fin es comunicar a las Américas los avances del Congreso. Juramentado un año después de abiertas las Cortes, a los diez días se registra en actas su primera intervención.

Impacienta el desconocimiento de los diputados peninsulares sobre Costa Rica. Basado en un reporte relativo a la situación de la colonia en el siglo XVII y los informes anuales del Gobernador, emprende labores de pedagogía política respecto de las riquezas de su tierra, colocada a la mitad del hemisferio, lindante con las provincias de Panamá por el río Chiriquí y, a unas 150 leguas (casi 900 kilómetros), por el río Salto con Nicaragua. Acusa la ausencia de fomento y denuncia el completo abandono del territorio. Hay 22 pueblos, doce de indios, diez de españoles blancos y pardos, así como tres naciones de indios gentiles. Sin plano topográfico ni censo alguno, estima en 7.000 leguas cuadradas (unos 45.500 kilómetros cuadrados) la extensión y en 60 a 70.000 la población, a la cual se refiere como «los beneméritos habitantes de Costa Rica». Esta campaña de divulgación, con palabras claras y lenguaje directo, será eficaz para la Provincia.

Admira su tesón parlamentario a favor de los esclavos africanos, los mestizos y mulatos o castas pardas, y los indígenas. Su verbo es el de un profeta: habla por «la humanidad paciente». Clama por la abolición de la esclavitud que degrada a la especie humana; rechaza la desigualdad que castiga al descendiente de africanos hasta por cinco generaciones; demanda la ciudadanía española para los hijos de padres libres, aunque originarios de África; y desafía a los diputados europeos: ¿acaso hay españolidad pura, sin mezcla con sangre de vencedores extranjeros? Hábil orador, empieza a descollar por el rigor dialéctico de sus discursos.

Ilustra a los diputados peninsulares sobre la unión de españoles con indios de la que resultan mestizos, o con africanos de la cual nacen mulatos, denominados unos y otros *castas pardas*. Los pardos no solo tienen el derecho a la ciudadanía, sino también a la igualdad de oportunidad en elegir y ser elegidos para empleos municipales. Conoce aventajados estudiantes de letras, jóvenes pardos que desertaron de la escuela y quedaron «como plantas mutiladas, sin dar fruto». En justicia, los bienes básicos —educación y salud los primeros— han de asignarse desigualmente, en favor de los desposeídos. Faltaría a los deberes más sagrados con sus compatriotas, si, por debilidad o por indolencia, callase en el tema de la igualdad de los pardos. La dignidad y la sabiduría del representante de Costa Rica, con su ameno y lucido decir, comienzan a ser ponderadas por los dirigentes liberales.

Diputados, secretarios, taquígrafos, periodistas y público que colman el recinto elíptico del Oratorio de San Felipe Neri —habilitado como sede parlamentaria—, son sacudidos por su disertación sobre los indígenas, en la cual reivindica la abolición de la mita —vigente entonces en la minería andina—, definida por él como «gabela de sangre humana más terrible que todos los tributos pecuniarios». Testimonia su conocimiento personal porque ha nacido y se ha criado entre indígenas: son tan racionales como los blancos; si persiste la ignorancia, es por la falta de escuelas y el abandono con que se les mira, causa de su miseria, hambre, desnudez y vejaciones. Inquieta: «¿Qué progresos ha hecho la ilustración de los indios en estos tres últimos siglos?». Responde: «¡Qué dolor!, lejos de avanzar, han retrocedido». ¿En qué derecho se puede apoyar la práctica de sacar a los indios del seno de su familia y de sus pueblos, para obligarlos a cultivar haciendas particulares? Al dejarlos en absoluta libertad, pagarles un jornal justo y tratarlos con humanidad, ellos mismos se ofrecerán espontáneamente para los trabajos. La demanda y la oferta determinarán el precio del jornal. Su magistral alegato sobre el cese de toda servidumbre, es escuchado con fascinación y unánime aplauso de las Cortes.

El Presidente de las Cortes de España (1813)

La reciedumbre moral de sus ideas le abre espacios en la augusta asamblea. Trabaja en las comisiones de Honor, Justicia, Rentas de Ultramar, Sanidad y Ultramarina. La mesa directiva se renueva el 24 de cada mes y así es elegido secretario del Congreso, luego vicepresidente, hasta que el diputado de Costa Rica es elevado a la Presidencia de las Cortes de España. Es uno de los diputados americanos que muestra más disposición a ocuparse de todos los asuntos doctrinales, así peninsulares como ultramarinos.

Por encargo de la Provincia presenta iniciativas de fomento y participa en debates fiscales. Solicita y obtiene la habilitación de los puertos de Matina y de Puntarenas. Informa sobre la contribución voluntaria de un peso fuerte por quintal

de cacao, existente desde hace un siglo, para componer y allanar el camino de Cartago a Matina, cuya suma ya ascendía 70 años atrás a 400 000 pesos fuertes: el dinero ingresa al fisco sin resultado alguno, por lo que pide eliminar o disminuir la contribución e invertir el acumulado en el camino. Los economistas quieren que se repartan las tierras de una nación entre sus individuos, para darles arraigo, inspirarles amor a la propiedad y estimularlos al trabajo; la tierra produce más si se cultiva en pequeñas porciones y así se trabajan extensiones incultas. Costa Rica, llamada a ser una de las provincias más opulentas, se halla en deplorable estado de atraso y de pobreza, en consecuencia de «la casi absoluta falta de comercio, que impide dar salida y estimación a sus frutos y producciones». Asevera que «la América no puede absolutamente prosperar sin la libertad de comercio». El suyo es un proyecto de economía liberal, agricultura rentable y libertad de comercio exterior.

Pretende toda la autonomía posible para su Provincia. Propone, exitosamente, la creación de la Diputación Provincial de León –para Costa Rica y Nicaragua–, definida por él como «una sociedad económica que se ocupe en promover el bien y la felicidad de aquellos países». Así como las Cortes separan los poderes de la monarquía, hay que tomar precauciones para que los ayuntamientos deliberen con libertad: «Si las Cortes representan a la nación, los cabildos representan un pueblo determinado». Aboga por la oralidad en el juicio de primera instancia, «porque la circunstancia de ser escrito no es esencial»; y sustenta el consentimiento paterno para el matrimonio: «Eurípides hace decir a Andrómaca que no pertenecía a ella sino a su padre la elección de un marido». En procura «del bien y la felicidad espiritual» de sus coterráneos, solicita la erección de la diócesis de Costa Rica, con silla episcopal en Cartago y un seminario conciliar –factor de independencia e identidad provincial–. Logra la creación de la Universidad de León. Crece el respeto hacia él, por su constante trabajo, estrategia sutil y capacidad de negociación.

La igualdad real es condición ineludible en la construcción de la comunidad y el desarrollo de la solidaridad: «De la misma manera que no hay ninguna moneda tan pequeña que no lleve la imagen del César, así tampoco existe ninguna persona tan insignificante que no porte la imagen de Dios». Venerable sacerdote y eminente catedrático, le dicen, dentro y fuera de las Cortes.

Interviene en la decisión que culmina la obra de renovación en Cádiz: la abolición del Santo Oficio de la Inquisición. Don Florencio expresa que las Cortes serían responsables ante Dios y los hombres si permitiesen la continuación del tribunal que ejercía una jurisdicción dudosa. Secretario del Congreso, firma el decreto que acaba con el Santo Oficio. La historia registra su nombre entre el puñado de eclesiásticos que abogan y votan por el fin de la Inquisición, respetables por sus luces, sus virtudes e irreprochable conducta.

En el subibaja de Madrid (1814)

En balance, juzga que la Constitución de Cádiz –que él firma el 19 de marzo de 1812 en nombre de Costa Rica– hace de las virtudes sociales y morales, las primeras ciudadanas españolas; demarca los mutuos derechos del pueblo y del Rey y las obligaciones recíprocas que de ellos nacen; abre y trilla todos los caminos para hacer el bien y la felicidad nacional. Cual profeta Amós redivivo, su palabra ha sido en el Congreso la voz de quienes no tienen voz. En la polifonía de las Cortes, su *cantus firmus*, brotado de la justicia, ha sido la igualdad que enaltece y supera las diferencias naturales. Envía a Cartago un ejemplar de la Constitución y recomienda su estudio, porque en el libro «se aseguran para siempre» los derechos de los españoles.

Las ideas que él personifica dimanaban de la revolución política que abre paso a la era contemporánea. Justicia social como totalidad de las condiciones de la vida en sociedad que el individuo requiere para lograr, más completa y más fácilmente, su perfección personal. Contrato social por el cual los ciudadanos «renuncian su natural independencia para gozar de una libertad moderada y perfeccionada por las leyes». La prosperidad de la nación por el crecimiento de la economía, la redistribución del producto nacional y el bienestar cualitativo de la mayoría de la población. La felicidad pública como práctica cotidiana de la virtud conforme a la razón, la *eudaimonia* de los griegos o el *summum bonum* de la rectitud en la vida, estado de abundancia y de comodidad que debe procurar todo buen gobierno a los ciudadanos.

Hay armonía entre los conceptos y el lenguaje utilizado para comunicar su pensamiento. Consta un avance del habla poética e imaginativa dilecta en Nicaragua, hacia una expresión precisa, un tanto seca si se quiere, para el análisis en Cádiz de la realidad colonial y la exposición de sus planteamientos. Seguramente no hay en el *Diario de Sesiones* de aquellas Cortes, discursos más sólidos y fundamentados que los suyos, los cuales se leen como piezas magistrales.

Luego de dos años y cuatro meses en la región de Andalucía, viaja a Madrid, recién salida del dominio napoleónico, adonde se trasladan las Cortes ordinarias. Permanecerá casi un año en la montaña rusa que es entonces la capital española. Al regreso de su cautiverio francés y recuperado el trono, Fernando VII anula la Constitución, disuelve las Cortes y restablece el absolutismo. Se ordena apresar a los principales diputados, el de Costa Rica entre ellos; varios resultan condenados, no obstante, algunos consiguen eludir las penas. Probablemente, a las pocas semanas, Don Florencio es liberado por efecto de un discurso suyo en Cádiz, en el cual había atribuido al nombre del Rey, la dirección de la mano de los constituyentes para escribir leyes que afirmen el trono sobre las bases de «la justicia social y de la libertad de los hombres».

A poco de su liberación, solicita al Ministerio Universal de Indias revalidar los decretos de las Cortes a favor de su terruño. Su empeño permanente –testifica él– es «mirar por la felicidad de esa mi amada provincia».

Después de 135 años, se colocará su retrato en el recinto legislativo de San José como primer constituyente y primer parlamentario costarricense, en homenaje a «su obra humanitaria y social en favor de las clases desvalidas de América», y por los servicios especiales que presta al país en las Cortes de Cádiz. Veintidós años más tarde, es declarado Benemérito de la Patria.

Años de adversidad y de amargura (1815-1821)

Concluidos sus deberes parlamentarios, se le abre un nuevo horizonte vital, gracias a una canonjía que le da el Real Patronato en la catedral de Oaxaca, Virreinato de la Nueva España. El Rey le otorga la prebenda en atención a sus «buenas prendas y suficiencia».

Dos décadas morará en México, hasta asentarse y dejar huella imborrable, así en los de abajo como entre próceres. De la mano de su hermano don Demetrio, peregrinará sin miedo por los valles del Anáhuac y de Oaxaca, conducido por el Altísimo.

Los primeros tres años son una travesía del desierto. En vano presenta el real título, ya que su silla está ocupada por un canónigo que debe desplazarse a la tesorería, cuando el tesorero pase al deanato. Pero el deán designado está encausado por el Virrey, bajo el cargo de infidencia –o deslealtad– durante la toma de Oaxaca por los insurgentes.

Desprovisto de medios de subsistencia, apela al cabildo eclesiástico visto que sus ahorros se agotan y aumentan los intereses sobre sus adeudos en Madrid. Como auxilio, se lo invita al ejercicio del púlpito y el confesionario; además, va interino al pequeño curato de Tlacoahuaya, aunque el curato no es lo suyo.

Recurre al Virrey, como Vicepatrono Real, para ser admitido temporalmente al cabildo catedralicio, sin derecho a voto y con media renta de 30 pesos mensuales. O bien, que algún fondo le cubra gastos de casa y alimentación. Hurga en el hondón de la humildad.

Superado el obstáculo, por fin se le asigna una silla. Ejerce los divinos oficios en la catedral y participa en el senado episcopal, hasta alcanzar la alta dignidad de chantre. Si la prosperidad desata vicios, la adversidad engendra virtudes: cultiva la entereza a través de la ascesis, practica perseverancia y paciencia para prevalecer.

El cuatrienio siguiente es de conocimiento y de consolidación. Enconchado, el clero conservador es rejego al canónigo erudito pero ajeno. Son malmirados ciertos aspectos de las Cortes gaditanas, como el fin de la Inquisición. Ajusta su lenguaje a las peculiaridades locales: palabras que se pronuncian parecido, tienen peso y efecto distintos.

México vive la crisis del tránsito de la colonia a la república. Abatidas las insurgencias de Miguel Hidalgo, el *Padre de la Patria*, y de José M^a Morelos, el

Servo de la Nación, persiste la efervescencia. Criollos y peninsulares pugnan por el porvenir, hasta que el Plan de Iguala y los Tratados de Córdoba disponen, en 1821, una autonomía bajo el monarca español o un soberano propio. El Ejército Trigarante –religión, independencia y unión–, entra triunfal a la Ciudad de México, conducido por el libertador Agustín de Iturbide, quien lidera la Soberana Junta Gubernativa, la cual establece la Regencia del Imperio, que él preside, y convoca a un Congreso Constituyente.

Actuaciones en el Imperio Mexicano (1822-1823)

Retorna al ámbito público, afirmado en la convicción de que la persona no puede separarse de Dios, ni la política de la ética. En Don Florencio, la religión humaniza a la política.

Los más de los religiosos favorecen al nuevo régimen. Pronto surge la cuestión del patronato, facultad regia, desde 1493, de proponer obispos, prelados, dignidades y prebendas en las catedrales. El proceso de separación del altar y del trono es encomendado a una Junta Eclesiástica, a la cual el canónigo costarricense es elegido por la jerarquía. Su intelecto y su habilidad orientan, con circunspección y prudencia, los trabajos que constituyen base del Derecho de la Iglesia en el país.

Don Florencio es elegido diputado al Congreso Constituyente, en representación de Costa Rica, por una junta de vecinos del antiguo Reino de Guatemala residentes en la capital mexicana. Sirve en las comisiones de Constitución, y de Reglamento Interior. En debates sobre la forma del gobierno, contrasta la federación de estados que componen la Unión Americana, con las provincias de una monarquía incipiente, de un solo derecho y un solo Congreso. Cita la *Constitución de Colombia*, al proponer la integración del tribunal supremo de justicia. Sin mencionar los impuestos sobre la renta, la herencia o la propiedad, sugiere la necesidad de aprobar «una contribución directa», para incrementar los insuficientes ingresos fiscales. Los asuntos eclesiásticos ocupan la atención de los constituyentes y su oratoria se escucha con respeto por la exposición didáctica, la riqueza de vocablos y la energía de las ideas.

El Ministro de Estado da cuenta de la elección de los diputados de Costa Rica y él anuncia su retiro tan pronto lleguen. Suplica omitir la expresión tirano que un diputado atribuye al monarca español, pues la relación entre naciones proscribe cualquier palabra indecorosa contra embajadores o gobernantes, máxime que los representantes mexicanos han jurado llamar al trono a Fernando VII o a un príncipe de la casa de Borbón. No obstante, desconocidos los Tratados de Córdoba por las Cortes españolas, el Congreso proclama Emperador Constitucional a Iturbide. Su cercanía con la Casa Imperial es un hecho reconocido. Propone el título de Príncipe del Anáhuac para el primogénito imperial.

Agustín I establece un Consejo de Estado como supremo órgano consultivo del Gobierno, para cuya integración el Congreso propone y el Emperador nombra a Don Florencio y a otras doce personalidades, dignas del tratamiento de excelentísimo. La Junta Superior Gubernativa de Costa Rica lo felicita por la designación y él les comunica que las bases de unión de la Provincia al Imperio son inadmisibles porque pretenden crear un estado separado –casi un vínculo mínimo–, en alianza con la monarquía pero neutral en un eventual conflicto armado de México; se requiere una agregación, lisa y llana, a uno de los países más extensos del mundo. Su Majestad Imperial quiere ser el padre de sus pueblos y él recomienda que, sin dilación, Costa Rica se integre al Imperio y desprecie sugerencias de proyectos efímeros.

Es uno de los oficiantes en la unción del Emperador, dentro del marco ceremonial de una coronación que anuda al Estado con la Iglesia. Corresponde a Don Florencio enjugar el santo crisma.

Su apogeo político en la ciudad capital es breve y de final abrupto. La Junta Eclesiástica completa sus encargos en cinco meses. El Emperador clausura el Congreso Constituyente al medio año, sin avances en el proyecto de constitución política. El Consejo de Estado es cesado al mes de la abdicación de Agustín I. En total, 400 días de labor en tres escenarios trascendentes, uncida a la malaventura de Iturbide.

El maestro de don Benito Juárez (1824-1832)

El desorden se enseñorea ante el vacío de poder. Las provincias del fenecido imperio se declaran estados libres y soberanos, e imponen el federalismo. Los diputados destituidos vuelven a reunirse y convocan al segundo Congreso Constituyente que erige la federación.

El canónigo costarricense ha regresado a su cabildo catedralicio. Es elegido a la diputación provincial de Oaxaca. La ciudadanía se alza, toma las calles y exige «separarse de México» y aliarse con las demás provincias. Se convoca a un Congreso Constituyente, que llega a presidir como uno de sus diez diputados.

La ley dispone crear un Instituto de Ciencias y Artes, que evolucionará a universidad autónoma, cuya enseñanza gratuita es sufragada por el Estado. Dirige el centro de educación superior en tres ocasiones, y es catedrático de Derecho Público.

Tiene muchos alumnos pero el más distinguido es su discípulo, indio zapoteca, honrado como Benemérito de las Américas, don Benito Juárez. Éste testifica que en el Instituto «no se ponían trabas a la inteligencia para descubrir la verdad». El *alma máter* es sindicada por los conservadores como «casa de herejes» y «casa de prostitución», tachan a los estudiantes de «libertinos». Cuando un periódico lanza el cargo de «impiedad», Juárez, junto con otros, defiende la moralidad del Instituto;

el canónigo y catedrático manifiesta que si hubiera notado la más leve falta en materia de religión y moral, «mil y mil veces hubiera renunciado» a la dirección. El maestro costarricense firma las actas académicas en las cuales el pasante pide «sufrir» un examen de Jurisprudencia, se le entrega el tema de la prueba y se le da el grado de bachiller en Derecho. Don Florencio es una influencia temprana en don Benito.

La agitación popular contra los gachupines crece. El Gobierno pasa una ley de expulsión de españoles. Entre algunos prelados que siguen leales a Fernando VII, está el obispo de Oaxaca, quien abandona voluntario el país. Aunque a través de los años desestima tres postulaciones al obispado, por deber de responsabilidad, Don Florencio asume la gobernación de la mitra, en un periodo turbulento de las relaciones Iglesia-Estado que pondrán a prueba su coraje, serenidad y sabiduría.

En derechura al cielo (1833-1834)

Tras una vida de entrega y de servicio, se siente cansado mas no está vencido. Achacoso, se apresta a morir bien y dicta su testamento. Desde que tiene uso de razón, cultiva el ser sobre el tener, su riqueza espiritual contrasta con su escasez de cosas. Le queda un año de vida y aún le faltan tres batallas ante unos poderes obsesionados contra la Iglesia. En esta etapa, sus escritos son ponderados, de una apologética docta, exposiciones fundadas en un vasto conocimiento y en una depurada expresión de las ideas.

Dicta el Gobierno una ley por la cual los gobernadores civiles propondrán nombramientos que la Iglesia refrendará obligadamente. Se multa a los rebeldes y se extraña de la república a los relapsos. Varios prelados son expatriados.

Don Florencio se planta firme, como nunca. En la alternativa de destierro perpetuo o faltar a la Iglesia, dice no. Recibe un ultimátum: tiene 24 horas para definirse. Claro y calmo, contesta. Revocaría la decisión si fuese compatible con «los deberes de mi conciencia». A los obispos corresponde exclusivamente nombrar los ministros eclesiásticos. Sería un delincuente si, por temor de las penas, fuese un prevaricador de la autoridad y derechos de la Iglesia. La libertad es decir no al poder.

Su desobediencia genera una orden de expulsión de México. Solicita pasaporte para Costa Rica. Con el equipaje listo y el viaje dispuesto, las tropas se pronuncian contra el Gobernador de Oaxaca y se anula su destierro. Su destino inmediato es otro, definitivo.

Al mediodía del 26 de noviembre de 1834, mientras preside la mesa de sínodos en el palacio episcopal, muere por un accidente cerebro vascular. Al amortajarlo, se encuentran cicatrices de los cilicios que ceñía a su cuerpo para mortificación y penitencia. «Murió en olor de santidad», comentan los sacerdotes, «pasó al cielo con derechura». A la mañana siguiente es sepultado en el templo del convento

de San José. Todo Oaxaca asiste a las honras fúnebres. Un periódico opina: «Este varón se ganó la inmortalidad. La memoria del justo es eterna».

Sus restos permanecerán en Oaxaca por 137 años, hasta su repatriación en 1971.

Las enseñanzas de un sabio

En su travesía terrenal –por la ecúmene de habla española–, Don Florencio cultiva la prudencia y la justicia, la fortaleza y la templanza, en el continuo discernimiento de la verdad y de la rectitud. Desde una intensa espiritualidad, predica y practica una visión integral de la solidaridad humana y del buen gobierno, en comunión con Dios. No existe para él la yuxtaposición de una esfera divina y otra secular, sino una interconexión dinámica que alcanza a todas las dimensiones de la persona: bien puede él decir, el mundo es mi parroquia.

De pocas carnes, metro setenta de estatura, piel clara, cabeza oval, nariz aguilina, mirada estrábica, rostro cacarizo, manos delgadas, dedos largos, su fisonomía impresiona menos que su talento natural, amplia cultura, voz educada y ameno decir. Probo y perspicaz, él comenta que la persona se juzga por el interior de su corazón, no por lo exterior.

La vocación le es connatural, genética por su linaje de levitas. Desde la Iglesia, cumple misiones en la educación y en la política; consciente de los límites de su representación, separa las cosas del ruido que producen. Experto en humanidad, se adelanta ocho décadas a la proclamación de la justicia social como desarrollo auténtico de la persona y de la sociedad; se anticipa 130 años a la incorporación de este principio cristiano en la *Constitución Política de Costa Rica*.

Hijo de su tiempo, es liberal y progresista. Equilibra la libertad con la justicia. Las ideas modernas se arraigan en su conciencia ética. Como Abraham Lincoln media centuria después, exige la abolición de la esclavitud y logra la extinción de la mita.

En el seminario y en el instituto enseña virtudes. Disciplina la formación del carácter de sus alumnos. Sus lecciones inspiran los corazones de sus discípulos, por el buen ejemplo. Educa en el arte esencial de ser hombre de manera recta, el arte de vivir y de morir. Su entereza es mayor en la adversidad. Bienaventurado el que cultiva el ser, antes que el tener.

En los congresos de Cádiz, Madrid, Ciudad de México y Oaxaca, celebra la transparencia del proceso legislativo democrático. La nación es libre e independiente, «y no es ni puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona». La patria es esperanza, una utopía incluso.

La resonancia de Don Florencio cubre la inmensidad de la monarquía hispana a comienzos del siglo XIX, desde las Filipinas y el Pacífico, las Américas y el Caribe, hasta Europa y el Atlántico. Es diputado en tres congresos constituyentes

y firma dos constituciones. La primera carta magna de Costa Rica es la de Cádiz que predomina en la de 1871 y hasta el presente. Con su ideario, actúa en la construcción de los liberalismos gaditano, mexicano y costarricense, así como en la educación cívica nacional.

La Independencia latinoamericana es, más que un acta, un proceso complejo de crisis estructural –perturbación telúrica de las coordenadas políticas, sociales, económicas e ideológicas del sistema colonial–. La diferenciación y el conflicto entre los factores de poder, criollo y metropolitano, desencadenan espacios de continuidad y de ruptura en todos los ámbitos de la vida a partir de 1808. Satélite de la Francia napoleónica, España asiste al derrumbe de su dominio colonial, penetrado por la flota comercial británica. En ese contexto epocal de cambio y de regeneración, surge la notabilidad de Don Florencio, precursor de la Independencia, que en Costa Rica culmina en 1821 y abre estadios de renovación.

Maestro de envergadura universal, el señor canónigo Don Florencio del Castillo es un soberano desconocido en su patria. Se trajeron sus restos pero se ignora su pensamiento. Los costarricenses de hoy estamos obligados a saldar una inmensa deuda de gratitud, estudiándolo, honrándolo y haciéndolo nuestro.

DESCIFRADORES DE PATRAÑAS: UN ELOGIO DE LA LECTURA¹

Flora Ovares Ramírez

Hay que entrar en la lengua materna como en un mundo maravilloso, en una región de encantamiento. Con esta afirmación, Carmen Lyra y Carlos Luis Sáenz reclamaban una educación basada en elementos artísticos, que maduraran en el joven tanto los aspectos mentales como los emocionales.

La lengua la deben presentar los creadores, decían, y la gramática se debe aprender “como comprensión del sentido que ella tiene dentro del estudio de lógica viva, más que de reglas”. Y agregaban que la literatura y la gramática desarrollan el pensamiento, lo que se traduce en actividad innovadora, en acción sobre el mundo².

Poetas y escritores ellos mismos, conocían el poder formador de las letras, receptáculo de los valores culturales, estéticos y éticos y, a la vez, reto para las estructuras cognitivas del lector.

Estas propuestas, bosquejadas en 1922 en una efímera revista llamada *Sparti*, contrastan con la tendencia actual al empobrecimiento de los contenidos literarios en la enseñanza, debida en buena medida a la ignorancia del papel de la lectura en los procesos de maduración mental.

Existe aún en nuestro país la inclinación a pensar que las humanidades no tienen una finalidad práctica, que son simples adornos llamados a acompañar una formación técnica o centrada en las ciencias. Se olvida que el contacto con la literatura y el estudio de la gramática apoyan el desarrollo de las capacidades críticas y de observación y colaboran efectivamente en la estructuración de la personalidad. “Los libros no hacen que otra persona piense en nuestro lugar; por el contrario, son máquinas que producen nuevos pensamientos”, dice Umberto Eco, a propósito de la biblioteca alejandrina. Y agrega: “Desafío y perfección de la memoria son los libros, que nunca la narcotizan”³.

En lo que respecta a la enseñanza, a la situación mencionada se suma la simplificación de contenidos y enfoques, los análisis centrados en detalles

1 Leído el 8 de marzo de 2008.

2 Lyra; 1922: 230 y Vincenzi y Sáenz; 1922: 181-1829.

3 Eco en: “El libro resistirá”, reproducido en *Revista Nacional de Cultura* n° 52 (San José) pp. 21 y 22.

despegados del sentido del texto y, frecuentemente, la escogencia de obras de escaso valor literario⁴.

Muchas veces se olvida que el objeto de la materia escolar son los propios libros y que la literatura es un intento de comprensión de la condición humana, no una excusa para ilustrar teorías. **Más de uno de nosotros debe unirse al acto de contrición de Todorov, cuando reconoce que leer sirve para** reflexionar sobre el individuo y la sociedad, el amor y el odio, la alegría o la desesperación más que para discutir sobre nociones críticas, tradicionales y modernas⁵. Dichos conocimientos los debe manejar el especialista, el profesor, pero su arte consiste en ponerlos al servicio de la lectura como experiencia placentera y conmovedora.

Algunas voces lúcidas recogen la herencia de aquellos discípulos de Omar Dengo y, al enlazarla con los avances de la tecnología, llaman la atención sobre el papel formador del arte y las letras como centro de los planes de la enseñanza escolar. Sin embargo, muchas veces estos esfuerzos quedan aislados, ante la inercia y la propensión a mantener lo conocido y lo fácil, tendencia que elimina todo aquello que rete al estudiante y despierte el interés por el análisis y la observación. Se le impide así enfrentarse al mundo heterogéneo y complejo y se lo reafirma en una concepción simplista de la realidad. En una palabra, se le amarra a la conformidad y, como diría García Márquez, se ahogan “en su corazón las semillas de la rebeldía”.

¿Cuáles son algunos de los rasgos que explican el potencial liberador de la literatura y el arte?

Realidad cultural viva y en permanente cambio, la literatura lleva en su seno múltiples fuerzas contradictorias. En el mundo que se abre ante nosotros al leer, se trenzan, en continúa y armónica tensión, los más diferentes puntos de vista, los narradores con las visiones más incompatibles, los planos más diversos.

Nada se afirma ni se niega definitivamente. Así, en *Los episodios nacionales*, Pérez Galdós, al tiempo que destaca el hecho bélico, lo desacraliza y hace que sus personajes entierren simbólicamente la gloria militar y se horroricen de ella. Y pese a las cuestionables opiniones que expresan algunos de sus héroes con respecto a la mujer, el entrelazamiento en la trama novelesca de las esferas privada y pública logra una perspectiva que reafirma las voces amorosas y “femeninas” que abogan por el amor y los valores de la paz y la tolerancia⁶.

4 Las reflexiones acerca del papel de la literatura en la enseñanza parten de la obra de F. Ovares, J. Alfaro, M. Rojas y S. Mora *La palabra al margen. La enseñanza del español en crisis*.

5 Todorov; 2007: 18-19.

6 Triviños; 1987: passim.

¿Y no participan de la ambigüedad literaria los narradores costarricenses de la Generación del Olimpo, en cuyas páginas se percibe constantemente el llamado del terruño y la atracción cosmopolita? Por un lado, la descripción costumbrista, por otro, la sensualidad modernista; aquí el mundo cerrado del idilio campesino, allá la tentación y el lujo de París.

O recordemos aquel verso de Pablo Antonio Cuadra dedicado a la Virgen María “lo revistió de tacto la castidad de un seno/ que nunca fue igualado por línea de mujer” que, pese a su intención religiosa, esconde ritmos sensuales y modernistas que apuntan a la “Canción de la vida profunda” de Porfirio Barba Jacob.

Así, la coexistencia y la lucha, en todo momento histórico, de diferentes géneros, tendencias, modelos y lenguas literarias construyen en la obra un todo lleno de movimiento.

Además, la complejidad del texto literario, su virtud de albergar diversos niveles de información, de procesos, lenguajes y enfoques distintos, apoya los procesos de abstracción en la mente del lector. Al leer debemos desplazar la atención desde los detalles mínimos de la estructura de la obra a la totalidad de ésta y al contexto cultural. De esta manera surge en nosotros una idea de conjunto y se afirma en la mente una noción de causalidad múltiple y compleja. Los procesos intelectuales del análisis, la observación y la síntesis se estimulan así sin que el lector se percate de ello.

En todo caso, quien lee se enfrenta a un mundo heterogéneo cuyo contacto le sirve para superar una concepción simplista de la realidad y le enseña a conocer el origen, el significado y las circunstancias de las prácticas humanas.

El proceso de lectura, desafío interpretativo y cognitivo, involucra al lector como sujeto activo. Exige una actitud que supera la recepción pasiva, propia de otras formas de comunicación, en favor de una participación activa, que supone una acomodación dinámica de las estructuras mentales. De esta manera, cuando leemos nos apartamos de la respuesta mecánica a la que nos ha acostumbrado la sociedad contemporánea.

En síntesis, la lectura y el conocimiento de la lengua favorecen el pensamiento y brindan el acceso a la comunicación, elementos fundamentales para la participación efectiva en el crecimiento y el perfeccionamiento de la sociedad. No en vano Fernando Lázaro Carreter recuerda el carácter democratizador de la enseñanza de la lengua cuando afirma: “Es una actitud casi suicida de la sociedad el renunciar a un idioma mejor. Someter a la población a una pobreza expresiva enorme supone separar a las personas para que nunca asciendan en la escala social”⁷. Comprendermos entonces que tal vez no sea tan inocente el alejamiento de los alumnos del mundo de la literatura.

7 Citado por Álex Grijelmo; 2004: 20.

Pero existe algo tal más importante relacionado con la complejidad y el dinamismo del texto literario. Y es que estas condiciones generan múltiples perspectivas ante un mismo hecho, alejan de la respuesta única, reductora, del mundo plano, en blanco y negro. Don Quijote considera simple a Sancho y el mismo narrador emite juicios divertidos respecto al escudero pero el desarrollo de la acción ofrece una tercera mirada sobre ambos personajes que frecuentemente contradice lo dicho por el narrador y por el Caballero.

Así se establece, en todos los estratos de la obra, un juego entre las perspectivas lo que a la vez hace posibles las múltiples interpretaciones. ¿Cuál tiempo es más verdadero? ¿El de Sancho que aguarda a su amo unas horas a la entrada de la cueva de Montesinos o los días que pasa dentro de ella don Quijote enfrentado a los fantasmas de sus sueños? Incluso una palabra, “baciuelmo”, por ejemplo, resume lo que sucede a lo largo de la novela: la coexistencia de dos o más visiones sobre un mismo objeto o un mismo personaje.

Esta diversidad del texto es, en esencia, liberadora. En una sociedad dividida en sectores e intereses antagónicos cada vez más alejados del diálogo, la obra literaria enseña que no existen respuestas únicas ni verdades absolutas y, al hacerlo, recoge en su esencia los valores de la pluralidad y el respeto.

Por otro lado, el encuentro con las letras ofrece un aporte indudable a la consolidación histórica de la identidad lingüística y la idiosincrasia nacional e hispanoamericana. De Unamuno recordamos la frase de elogio a *Repertorio Americano*, porque la empresa de García Monge se sustentaba en la idea de que “la lengua une más que el territorio”⁸. Efectivamente, en esa revista, ensayistas como Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes defienden el patrimonio común, el acervo de tradiciones, creencias y actitudes que la lengua y la literatura llevan consigo.

Al mismo tiempo, el conocimiento de las diversas culturas propiciado por la lectura fortalece la pluralidad como un valor central de la vida de los pueblos mientras reafirma la conciencia de la propia identidad. De esta manera, el disfrute de los valores estéticos y éticos en las obras maestras de la literatura en otras lenguas lleva a la profundización y el enriquecimiento de los propios valores culturales.

Porque, al igual que sucede en un plano individual, los pueblos sólo pueden adquirir la conciencia de la propia identidad si se enfrentan al Otro. Las risueñas montañas que nos separan de las distintas naciones pueden llegar a encerrarnos y asfixiarnos. Y, en el otro extremo, la avalancha cultural provocada por el auge de las comunicaciones y la caída de las barreras económicas lleva cada día a la

8 Unamuno; 1921: 6.

asimilación de los aspectos menos favorables de otras civilizaciones. Lo anterior vuelve más importante aún el contacto, propiciado por el arte y la literatura, con los valores éticos y estéticos de todas las culturas, lo que realmente merece ser apreciado en ellos.

Más allá de los asuntos de la identidad colectiva, interesa destacar la importancia del libro en la construcción de una identidad individual.

El contacto frecuente con la literatura fortalece las dimensiones éticas y sociales del individuo porque defiende generalmente valores profundos de gran relevancia: el amor, la amistad, la solidaridad. Ante el abrumador poder de la palabra y la falsedad en manos de los poderosos, el arte y la literatura subsisten como ámbito de las verdades profundas. Ante las “verdades que mienten” de los medios de comunicación, nos brinda el refugio de las “mentiras verdaderas”, engarzadas a lo mejor del ser humano.

Pero para eso las historias leídas u oídas deben superar el simplismo de lo “correcto”: esos textos llenos de eufemismos, en los que los héroes y heroínas marginados y sufridos triunfan finalmente por su sola voluntad. Y es que, desgraciadamente, el último subterfugio de los que ignoran el poder liberador de la literatura es ofrecer versiones edulcoradas, censuradas y resumidas de los cuentos infantiles, de las que se han borrado, entre otras cosas, las rivalidades entre hermanos, el miedo del protagonista y el castigo a los malos.

Esta actitud negadora, que se sufre en las ediciones de los cuentos para niños, continúa en el colegio y se ha objetado así las aventuras de Marcos Ramírez, héroe de conducta poco ejemplar; se ha cuestionado *El emperador Tertuliano y la legión de los superlimpios*, porque tiene muchas malas palabras y hasta se ha llevado al banquillo de los acusados al propio *Cocorí*.

Muchos han advertido sobre las historias “seguras”, de final feliz, que no mencionan la muerte, ni la vejez, la violencia o la maldad; que dibujan un mundo en el que el mal no existe, o viene siempre de afuera, olvidando que el mal está dentro de cada uno.

Por el contrario, si la literatura puede curar el alma es porque encontramos en ella nuestras propias soluciones mediante la contemplación de aquello que en la historia parece aludir a nuestros conflictos internos⁹.

Leer permite entonces poner orden en el caos, hace posible expresar, en figuras distintas, los sentimientos contradictorios que en la vida real se posee respecto a una misma persona.

En los cuentos infantiles aprendíamos con el héroe perseguido y triunfante el logro de la sabiduría, la integración de la personalidad, el autogobierno. Sentíamos

9 Bettelheim; 1988: 16-17 y 38.

el alivio ante el miedo al abandono, creíamos en la posibilidad de restablecer el orden correcto de las cosas.

Por eso, Todorov, entre muchos otros, alienta el contacto con libros que la crítica profesional considera con condescendencia, tal vez con desprecio, desde *Los tres mosqueteros* hasta Harry Potter. En sus palabras, “no sólo estas novelas populares han llevado a la lectura a millares de adolescentes sino que además les han permitido construirse una primera imagen coherente del mundo”¹⁰.

Y como ese deseo de coherencia parece no abandonarnos nunca, seguimos leyendo libros de aventuras y construcciones puramente intelectuales, como las novelas de misterio o las policíacas, a propósito de las cuales decía Borges: “En esta época nuestra, tan caótica, hay algo que humildemente, ha mantenido las virtudes clásica: el cuento policial. Ya que no se entiende un cuento policial sin principio, sin medio y sin fin (...) está salvando el orden en una época de desorden”¹¹.

Porque no debe creerse que la literatura sea un asidero deseable sólo para los más jóvenes. El bosque casi impenetrable, símbolo del mundo tenebroso del inconsciente en los cuentos de hadas, reaparece en el robleal de Corpes donde son ultrajadas las hijas del Cid; se alude en las primeras líneas de *La divina comedia* y sus ecos llegan a los cuentos de Carlos Salazar Herrera. Por ejemplo, en «Un grito», Matarrita, tras perder sus bienes y sus amistades, se interna en el bosque “en el robleal velado por la neblina” paisaje que surge como una proyección de la interioridad del personaje y cuya descripción muestra la vigencia plena del antiguo tópico literario de la selva oscura.

Sin nosotros percibirlo casi, gracias a esa reiteración, aquellos tópicos y estructuras leídas en la infancia ofrecen el camino hacia recuerdos más amables, se prenden a los hilos de nuestra identidad más profunda.

Esta seguridad precaria que brinda el mundo literario se basa, no tanto en los contenidos de los libros leídos, que muchas veces son más bien espeluznantes, sino en la posibilidad de la literatura de ejercitar dos conductas simultáneas: el lector vive y se involucra en las situaciones del texto y al mismo tiempo es consciente de que se trata de hechos “ficticios”.

La literatura, como el juego, sitúa al individuo en “un doble plano de conducta, coloca a la persona en situaciones, en realidad inaccesibles para ella y así le facilita hallar su naturaleza profunda”. Al ofrecer al ser humano “una posibilidad convencional de hablar consigo mismo en diversos lenguajes, al codificar de modos diferentes su propio yo, “el arte le ayuda a resolver uno de

¹⁰ Todorov; 2007: 78.

¹¹ Borges; 1983: 88.

los problemas psicológicos más importantes: la determinación del propio ser¹², el descubrimiento de sí mismo.

De esta manera, el libro nos enfrenta a situaciones similares a las que experimentamos en la vida: el miedo, la impotencia, los conflictos familiares, el amor, las dudas existenciales. Amarrados a las líneas de la página los fantasmas que nos persiguen se disuelven y pierden parte de su poder sobre nosotros. Al ayudarnos a equilibrar el comportamiento emocional, la literatura hace posible el dominio de las diversas circunstancias vitales, nos educa en diferentes tipos de conducta, nos sostiene en la lucha por vencer el horror ante ciertas situaciones: prepara y educa la estructura de emociones para la actividad práctica¹³. En síntesis, nos pertrecha calladamente para el viaje de la vida.

Leyendo aprendemos a viajar porque es cierto, como confiesan tantos lectores, que todos viajamos de niños al reino distante de los cuentos: **“Más allá de los montes lejanos, más allá de los bosques sombríos, más allá de los rápidos ríos”**.

La literatura continúa desplegando este motivo insistentemente. León Pacheco llama la atención sobre la narrativa de los cuarenta en Costa Rica, cuyos personajes se desplazan en ferrocarril a regiones desconocidas, la costa y los bananales del Atlántico¹⁴: a veces son militantes como Sibajita, quien se dirige a Talamanca por motivos políticos, enviado por el partido o jóvenes que emprenden también un viaje de iniciación, “la gran aventura de mi vida”, como dice Marcos Ramírez en la novela de Carlos Luis Fallas. Entre todos ellos, los héroes de las novelas de Joaquín Gutiérrez se distinguen porque a medida que recorren nuevos espacios de la geografía patria, exploran su interior en el intento de construcción de una identidad. En ellos _Silvano en *Puerto Limón* y la maestra Cecilia en *Manglar* apropiación simbólica de un espacio nacional se imbrica con la conquista de un ámbito íntimo y subjetivo.

Entendido en su sentido más literal, el desplazamiento muestra ambientes nuevos e incorporar las dimensiones sociales de los conflictos. En otro sentido, el viaje es, como sabemos, la aventura de la iniciación individual, el peregrinaje interior en busca de nosotros mismos. Ya el mismísimo Moto de García Monge emprendía su viaje a las Salinas “pa no volver” “abrigado en las sombras de la noche”.

Por eso, más allá de elaborar el viaje como un motivo central de las letras, nos referimos insistentemente a la lectura como un recorrido, una navegación, un periplo. Múltiples metáforas pregonan la armonía entre el mundo y el libro y recuerdan que leer es en sí un viaje a otra dimensión de la realidad, a otras épocas, a otro

12 Lotman; 1970: 86.

13 Lotman; 1970: 89.

14 Pacheco; 1954: passim.

tiempo. Un viaje del cual, a diferencia del Moto, podemos volver. Un desplazamiento controlado, deseado y, por lo tanto, tranquilizador.

En todo caso, para nosotros, lectores de patrañas, este viaje por los libros es siempre una experiencia íntima, nocturna, intransferible. Y es que en la infancia de cada uno hubo un cuarto pequeño lleno de libros, una abuela que se refugiaba en la lectura y pasaba horas leyendo acostada al revés, con los pies en la cabecera de la cama, tal vez una maestra que leía cuentos, una madre o un abuelo que los contaban por la noche.

Sin percatarnos y casi a escondidas, el libro ejercía su poder formador, no en el sentido restringido y moralizante que se quiere atribuir a esta palabra, sino en el profundo, que reconoce la importancia que tiene enfrentarse al dinamismo y los misterios de un texto, a la pluralidad que encierra, a su ligamen con la identidad cultural de la que participa.

Los censores condenaban al fuego algunas obras, desde *Los tres mosqueteros* a *El hijo del árabe*, “prohibidos por la Iglesia” pero nos dejaban otras. Y por los caminos de estos libros comenzábamos cada día el viaje interior, el desdoblamiento que nos permite, a la vez, escapar de nosotros mismos y encontrarnos a nosotros mismos.

Como aquel, personal, inalienable, el cuarto del libro es siempre un espacio cerrado, ajeno al ruido y al trajín de la casa. Intacto en el recuerdo, este aposento guarda la luz difuminada de la infancia, de la primera juventud.

Es el aposento de don Quijote, que la locura va poblando de hechiceros y doncellas encantadas. Ahí esperan el fuego de los inquisidores los “descomulgados libros” que, al entender de la sobrina, “merecen ser abrasados, como si fuesen de herejes”. Es el armario viejo de donde Darío niño tomaba la Biblia o *Las mil y una noches*¹⁵. Es, también, el cuarto clausurado de Melquiádes:

Pero cuando Aureliano Segundo abrió las ventanas entró una luz familiar que parecía acostumbrada a iluminar el cuarto todos los días, y no había el menor rastro de polvo o telaraña, sino que todo estaba barrido y limpio, mejor barrido y más limpio que el día del entierro, y la tinta no se había secado en el tintero, ni el óxido había alterado el brillo de los metales, ni se había extinguido el rescoldo del atamor donde José Arcadio Buendía vaporizó el mercurio¹⁶.

15 “En un viejo armario encontré los primeros libros que leyerá. Eran un *Quijote*, las obras de Moratín, *Las mil y una noches*, la *Biblia*, los *Oficios* de Cicerón, la *Corina* de Madame Stael, un tomo de comedias clásicas españolas, y una novela terrorífica, de ya no recuerdo qué autor, *La caverna de Strozzi*. Extraña y ardua mezcla de cosas para la cabeza de un niño”. Darío; 1976: 36.

16 García Márquez; 2007: 213.

En ese cuarto se halla el secreto, el documento en el que leo mi origen, el misterio de mi nacimiento. Allí decide don Quijote cuál será su filiación literaria y, en la novela de García Márquez, allí se encuentran los manuscritos que concentran la historia de los Buendía¹⁷.

En otros capítulos de *El Quijote* los personajes escondidos en una habitación vigilan los movimientos del amado, de cuya fidelidad están dudosos. Porque la habitación clausurada es siempre el sitio de encuentro con el objeto del deseo, el ámbito del crimen, la prohibición y la muerte. Y por eso allí leemos, sigilosos, la novela prohibida, el libro inquietante, oscuro, turbador.

Tatiana Lobo, en *El año del laberinto*, imagina la habitación de Sofía como el espacio íntimo que alberga el enigma, el asesinato y el incesto, porque ella es sobrina de Armando, su marido. Lugar de lo femenino, el aposento se llena con elementos mágicos y simbólicos y con los monólogos y recuerdos de la protagonista.

En *El pasado es un extraño país*, de Daniel Gallegos, el misterio del cuarto se muestra crudamente en un espejo que revela, invirtiéndolo, el deseo doloroso del personaje.

El protagonista de *Ahora juega usted, señor Capablanca*, de Mario Zaldívar, se mueve también en una habitación oculta, un pasillo que desemboca en una biblioteca. En esos pasillos secretos se inicia en la obsesión de la sexualidad, feliz invasión a lo oculto y prohibido.

La importancia iniciática de este espacio se confirma en otra novela del mismo autor, *Después de la luz roja*, cuando el joven Daniel espía el ritual del baño de su tía.

En “La sombra tras la puerta”, de Rodrigo Soto, al abrirse el cuarto que esconde el ayer, el narrador contempla, desdoblado, su primer encuentro con la muerte.

También en *Marzo todopoderoso*, de Catalina Murillo, la biblioteca paterna, especie de santuario o mausoleo, es el lugar donde sólo se puede entrar al dejar la infancia, donde están los libros y se narra la muerte del padre y el encuentro con esa figura.

Ámbito del recogimiento, del silencio, espacio que posibilita la reconciliación personal con una temporalidad olvidada, con los ritmos más íntimos, este cuarto del libro del que tanto habla la literatura a la vez nos protege y nos expone. ¿Cuántas veces este tránsito a otras realidades no nos resulta una vivencia inquietante?

Julio Cortázar homologa el acto fantástico con la situación de la lectura. Se trata en ambos casos del paso de una realidad, la exterior, a otra, la interior, a través de

¹⁷ Las reflexiones sobre el cuarto clausurado se basan en el trabajo *El espacio en el cuento hispanoamericano*, elaborado con Margarita Rojas.

un umbral materializado en un espacio u objeto. Entre los dos planos del mundo existe una interrelación esencial, de modo que la frontera entre ellos se diluye y puede franquearse inesperadamente¹⁸.

En “Continuidad de los parques”, el umbral entre los dos aspectos de la realidad es el propio libro. Refugiado en su biblioteca, un hombre se deja atrapar por la trama de una novela, se sumerge temerariamente en el mundo que surge ante sus ojos. Pero ese movimiento provoca otro, idéntico e inverso a la vez: se rompen las fronteras y de las páginas surge el personaje literario que dará la muerte a ese lector. ¿Estamos realmente fuera del libro cuando contemplamos este trastorno de los límites y descubrimos, de pronto, que ocupamos nosotros también el lugar del lector amenazado?

¿No hemos experimentado todos, alguna vez, la experiencia de la lectura como una vivencia fantástica? Hay quien dice que el libro es por excelencia el lugar que metaforiza el surgimiento de la forma que inquieta y fascina. La página se vuelve extraña, despliega su seducción ante nuestros ojos. El texto hace arribar lo insólito, al constituirse en un mecanismo que proyecta la vista del mirado hacia quien mira. Aparece frente a nosotros como un espejo textual que nos devuelve una imagen, la de nosotros mismos. El ojo entra en contacto con ese lugar intermedio, en ese agujero intuido dentro de lo que se mira, en esa reduplicación profunda que devora al lector¹⁹.

Y es que cuando leemos nos hundimos tanto en ese abismo de palabras que la máscara puede convertirse a veces en la naturaleza de la persona. Ahí está el ejemplo de don Quijote, que como dice Ortega y Gasset “con tan pasmosa facilidad transita de la sala del espectáculo al interior de la patraña”²⁰.

O, como en el siguiente párrafo de Borges, se pueden enfrentar las nostalgias y volver literario el mundo de las calles, lugar del deseo entrevisto desde el jardín de la infancia:

Yo creí, durante años, haberme criado en un suburbio de Buenos Aires, un suburbio de calles aventureras y de ocasos visibles. Lo cierto es que me crié en un jardín, detrás de una verja con lanzas, y en una biblioteca de ilimitados libros ingleses. Palermo del cuchillo y de la guitarra andaba (me aseguran) por las esquinas, pero quienes poblaron mis mañanas y dieron agradable horror a mis noches fueron el bucanero ciego de Stevenson, agonizando

18 F. Ovares y M. Rojas; 1999: 5-13.

19 Grivel; 1992.

20 Ortega y Gasset; 1914: 148.

bajo las patas de los caballos, y el traidor que abandonó a su amigo en la luna, y el viajero del tiempo, que trajo del porvenir una flor marchita, y el genio encarcelado durante siglos en el cántaro salomónico, y el profeta velado del Jorasán, que detrás de las piedras y de la seda ocultaba la lepra²¹.

Es así porque el contacto con la literatura contamina hasta los entendimientos más cuerdos, como sucede con el cura en el siguiente episodio de *El Quijote*:

Después, habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrían para conseguir lo que deseaban, vino el cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de don Quijote, y para lo que ellos querían; y fue que dijo al barbero que lo que había pensado era *que él se vestiría en hábito de doncella andante, y que el procurase ponerse lo mejor que pudiese como escudero, y que así irían adonde don Quijote estaba, fingiendo ser ella una doncella afligida y menesterosa, y le pedirían un don, el cual él no podría dejársele de otorgar, como valeroso caballero andante. Y que el don que le pensaba pedir era que se viniese con ella donde ella le llevase, a desfacelle un agravio que un mal caballero le tenía fecho; y que le suplicaba, ansimesmo, que no le mandase a quitar su antifaz, ni la demandase de cosa de su hacienda, fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero; y que creyese, sin duda, que don Quijote vendría en todo cuanto le pidiese por este término, y que desta manera le sacarían de allí, y le llevarían a su lugar, donde procurarían ver si tenía algún remedio su locura*²².

Un cortinaje de palabras separa la ficción de la realidad. Afuera, la discusión del cura y el barbero que, en la sobremesa, buscan un engaño para atraer a su amigo al mundo de los cuerdos. Adentro, el mundo ilusorio de la literatura. Para lograr su cometido, ambos deben disfrazarse pero ignoran que, al hacerlo, están perdidos. El disfraz se apoderará de ellos y serán también atrapados por el torbellino de la locura. La máscara, el vestido, definen al actor: el cura se transforma en doncella menesterosa que requiere de la ayuda del caballero.

Y de esta repentina demencia es víctima y cómplice el estilo empleado, el cambio de una voz que describe y narra desde fuera a otra que ingresa peligrosamente en la mente y las palabras del personaje. Y que, como él, se contagia de locura. Este uso de una modalidad novedosa del estilo indirecto amarra en la

²¹ Borges; 1980.

²² Cervantes; 1990: I, 26, 276.

materialidad de los signos la esencia quimérica del teatro de letras que discurre ante el lector.

¿Es que acaso podía ser de otra manera? Nadie puede decirse inmune al disfraz, al fingimiento, aunque sea, como aquí un travestismo de las palabras. O tal vez, sobre todo si se trata de palabras disfrazadas.

Si en el del Triste Figura la ficción es permanente, el traje es una segunda piel, el cura y el barbero se escapan rápidamente del teatrillo de palabras. El primero empieza a preocuparse de su dignidad, que podría sufrir menoscabo si se vistiera de doncella y trueca su disfraz con el barbero. Y continúan buscando por la sierra donde se encontrarán con otros locos, otros personajes que fingen, se disfrazan se ocultan simulando ser personas distintas.

Así nos desdoblamos en el gran teatro de las palabras, nos multiplicamos en los personajes leídos, nos disfrazamos y, de manera deliciosa, perdemos la orientación. Cuando abrimos un libro, dice Ortega y Gasset, “La aventura quiebra como un cristal la opresora, insistente realidad. Es lo imprevisto, lo impensado, lo nuevo, cada aventura es un nuevo nacer del mundo, un proceso único”.

Y agrega que, en el retablo de maese Pedro, representa Cervantes la mecánica psicológica del lector de patrañas:

El caballo de don Gaiferos, en su galope vertiginoso, va abriendo tras su cola una estela de vacío: en ella se precipita una corriente de aire alucinado que arrastra consigo cuanto no está muy firme sobre la tierra. Y allá va volteando, arrebatada en el vórtice ilusorio, el alma de don Quijote, ingrátida como un vilano, como una hoja seca. Y allá irá siempre en su seguimiento cuanto quede en el mundo de ingenuo y de doliente²³.

Al leer nos sumergimos en un torbellino que nos transforma y nos traslada a otra realidad. Como el cura y el barbero dejamos que la ficción nos engulla por un instante antes de seguir nuestro camino por la sierra llena de peligros y plagada de otros insensatos que buscan el amor, que se esconden unos de otros y se pierden tras tantos desvaríos.

Tal vez, en el fondo, la lectura sea peligrosa, puede darnos la muerte pues el libro siempre busca tragarnos en un túnel de papel. Quizás por eso, cuando leemos nos sentimos impelidos a la vez por el afán de ir más lejos y el deseo de retardar el momento final. Queremos conocer qué hay más allá pero sabemos que ese conocimiento dejará un vacío, una ausencia, porque nos arrancará de una realidad buscada, inventada, apetecida.

²³ Ortega y Gasset; 1914: 144 y 145.

Y ante esto no hay escapatoria. Si leer fue peligroso para el Caballero de la Mancha porque lo sumergió en el delirio de querer vivir sus lecturas, dejar de hacerlo implicó para él la muerte. Como dice Avalle Arce²⁴, al despojarse don Quijote del traje, al desengañarse de los libros, ante el Caballero sólo quedó la renuncia y la muerte: “Yo ya no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quienes mis costumbres me dieron renombre de Bueno”.

Así vinculado el libro a la vida y al destino, no extraña que enfrentarse a él comporte siempre un riesgo. En Cervantes, en Cortázar, en Borges, en García Márquez, leer o escribir, lejos de ser pasatiempos inocentes, son actos de profundidad responsabilidad, pues nos cambian y cambian nuestro mundo. Aún más, son acciones que nos engendran, que nos constituyen, como le sucedió a don Quijote, hijo de los libros que leyó.

Oscuros Quijotes nosotros mismos, de alguna manera somos también el producto de nuestras lecturas y no podemos borrarlas sin desaparecer. Desde la infancia, cada uno ha imaginado su biografía, su novela personal, a partir de los libros y se ha dedicado a vivir conforme a esa quimera. Desde entonces, nuestros ojos de lectores han perdido la inocencia: cada paisaje, cada pasión han sido previamente leídos y visitados en aquel mundo de palabras.

El libro nos ha inventado, nos ha bautizado, nos ha marcado sin remedio. Para Aureliano Babilonia, el final de la lectura implicará la propia muerte. Pero aunque lo sepa, no puede dejar de leer y sigue devorando el libro que predice su fin y el de su estirpe sobre la tierra. Así para nosotros, descifradores de patrañas, el libro que nos fascina es al fin de cuentas “un espejo de palabras” y, como Aureliano, los lectores, morimos también al cerrar sus páginas, al revelar los arcanos del texto. Ese puñado de signos que nos descubre el mundo, que nos muestra recónditos escenarios, que nos sumerge en la aventura y la conquista no sólo nos permite vislumbrar nuestro origen. También tememos ver en esas páginas el secreto de nuestra muerte.

Bibliografía

- Avallé Arce, Juan Bautista. 1975. “Don Quijote o la vida como obra de arte”, *Nuevos deslindes cervantinos*. Barcelona: Ariel.
- Bettelheim, Bruno, 1988. *Psicoanálisis de los cuentos de hadas* (1975). México: Grijalbo.
- Borges, Jorge Luis. 1980. *Prosa completa*. Barcelona. Bruguera.
- Borges, Jorge Luis. 1983. “El cuento policial” (1978) en *Borges oral*, Buenos Aires, Bruguera.
- Cervantes Saavedra, Miguel de. 1990. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Barcelona: Planeta.
- Darío, Rubén. 1976. *Autobiografías*. Buenos Aires: Marymar.
- Eco, Umberto. “El libro resistirá”, reproducido en *Revista Nacional de Cultura* n° 52 (San José): 21- 22.
- García Márquez, Gabriel. 2007. *Cien años de soledad* (1967). Edición de la Real Academia Española de la Lengua Española.

²⁴ Avallé Arce; 1975.

- Grijelmo, Álex. 2004. *Defensa apasionada del idioma español*, Santillana.
- Grivel, Charles. 1992. *Fantastique-fiction*, París: PUF.
- Lotman, Yuri M. 1970. *Estructura del texto artístico*. Madrid: Istmo.
- Lyra, Carmen. 1922. "Comentarios al programa de castellano de Vincenzi". *Sparti*, t.1, nº 6: 230.
- Pacheco, León. 1954. "El costarricense en la literatura nacional", *Revista de la Universidad de Costa Rica*.
- Ortega y Gasset, José. 1914. "Meditaciones del Quijote". Madrid: *Selecta de Revista de Occidente*.
- Ovares, Flora, J. Alfaro, Margarita Rojas y S. Mora. 1986. *La palabra al margen. La enseñanza del español en crisis*. San José: Editorial Nueva Década.
- Ovares Flora y Margarita Rojas. 1999. "Espacios de tránsito en los cuentos fantásticos de Julio Cortázar" *Letras* 31: 5-23.
- Rojas, Margarita y Flora Ovares. 2000. *El espacio en el cuento hispanoamericano*. Heredia, mimeo.
- Triviños Gilberto. 1987. *Benito Pérez Galdós en la jaula de la epopeya*. Barcelona, Mall.
- Todorov, Tzvetan. 2007. *La littérature en péril*, colección Café Voltaire, Flammarion.
- Unamuno, Miguel de. 1921. "Del «Repertorio Americano», *La Nación* (Buenos Aires) X, 6.
- Vincenzi Moisés y Carlos Luis Sáenz. 1922. "Programa de castellano", *Sparti*, t.1, nº 5: 181-182.

Artículos

MA(J)E. DE LA DENOTACIÓN A LA APELACIÓN

Víctor Ml. Sánchez Corrales

“-Ydiay maje, quiubo, ¿pura vida?

-Pura vida. Y vos, ¿qué t'hiciste, que hacía rato que no te veía?

-Ydiay, breteando allá por Turrialba, en un proyectillo agrícola muy tuanis”

(Giebler Simonet, A., 2003:21)

Lengua y variedades

La lengua, como instrumento de comunicación de una comunidad ya idiomática o de habla, es variable y se muestra como un diasistema –sistema que incorpora subsistemas- de naturaleza variable. En lo concerniente a la lengua española, extendida por todo el mundo y con más de 400 millones de hablantes asentados en 24 países, la variación lingüística es un hecho manifiesto. Comunidades distintas, por tanto, emplean la lengua española o más propiamente, variedades de esta como instrumento de comunicación, pero más que la emplean, la construyen al unísono con el decurso de la correspondiente experiencia de vida. La lengua es un constructo social, se organiza para cumplir una función comunicativa y social. Los distintos estamentos que constituyen la respectiva comunidad, la diversidad de roles de las personas que la integran, la distribución geográfica, las diferencias de edad, sexo, el nivel socioeducativo, la condición étnica de sus hablantes, entre otros factores externos, además de tendencias de orden más interno a la lengua (factores lingüísticos), están en la base de la variación lingüística y de las **variedades de la lengua**.

Una lengua histórica, la española en el presente caso, constituye un haz de variedades geográficas (dialectos), sociales (sociolectos), contexto-funcionales (registros o estilos), además de su variación en el tiempo real (diacrónicas). En este orden de cosas, podría hablarse de un español mexicano, guatemalteco, hondureño, salvadoreño, nicaragüense, costarricense, panameño, para citar los espacios geográficos en que se asentarían usos lingüísticos correlacionados con diatopías. También podemos identificar subsistemas cuyos elementos léxicos, de carácter eminentemente coloquial, se sitúan al margen de la variedad estándar, contravienen la norma lingüística oficial y corresponden al uso lingüístico de grupos sociales que promueven formas de vida alternativas y en claro desafío de la cultura dominante.

Lengua e identidad

La visión del mundo es un constructo social. La experiencia de vida del hombre, en tanto miembro de una comunidad de habla, se construye por su interacción comunitaria en especial, mediante el lenguaje articulado gracias a la naturaleza de “*zoon logicón*” y de “*zoon politicón*” del ser humano en sociedad. Se rechazan antivalores, se comparten valores, costumbres, hábitos de alimentación, formas de vestir, tipos de diversiones, etc., lo cual conlleva a la toma de conciencia de la mismidad, de ese “algo” que nos diferencia de otros, de los extraños:

“La identidad, desde este punto de vista, es “la conciencia de la cultura propia y apropiada”. La que se construye en diálogo y oposición a la naturaleza y a la sociedad, la que nos asemeja a unos y nos diferencia de los otros” (Pérez Iglesias, Ma. y Yamileth González García, 1996: 5). Gracias a esa conciencia de mismidad, el hablante reconoce si un uso lingüístico le es propio o se lo ha apropiado al confrontarlo con la otredad. El hablante como emisor, en toda comunicación lingüística, deja su sello personal: manifiesta un estado de ánimo, actitudes, sexo, edad, pertenencia a un grupo social, etc. Aunque no lo pretenda, da información de sí mismo, da síntomas: la función sintomática, en consecuencia, es la que suministra información del hablante como emisor y puede servir de mecanismo para reforzar relaciones de cohesión y solidaridad con el interlocutor.

MA(J)E, distribución geográfica y perfil sintomático

Al buscar la palabra “maje” en obras lexicográficas “estándares” del español peninsular (DRAE 2001, Seco 1999, Alvar Ezquerria 2003), no se encuentra registrada, pero sí en diccionarios de americanismos regionales, lo cual permite afirmar que es un americanismo, de distribución geográfica restringida respecto del Continente, pero sí extendida por variedades dialectales que van desde México hasta Costa Rica, donde se ubica su límite extremo dialectal sur. Grosschmid y Echevoyen (1998: 355) sintetizan la información al respecto.

Veamos a continuación, y en orden de norte a sur, de conformidad con la hipótesis que sostengo, las acepciones de la palabra *maje*.

1. México

1.1 Maje. adj y s m y f (Coloq) 1. Que es tonto o ingenuo: “Qué maje eres; así no se corta la madera”. 2. Hacer maje a alguien Engañarlo, hacerlo tonto: “Tu mujer te hace maje todos los días a las cinco y media; “se hizo el maje cuando lo interrogaron”. 3. (Caló) Persona a la que se va a robar (Diccionario del Español Usual en México. Lara, dir. 1996:580).

1.2 **MAJE**. m. Tonto, ingenuo, fácil de engañar. 2. En la jerga de la delincuencia, persona escogida por los ladrones para hacerla víctima de un robo. 3. HACER MAJE AL MARIDO significa engañarlo la mujer con otro hombre. (Mejía Prieto 1984/ 1992: 105)

2. Guatemala

2.1 **MAJE**. Tonto (Rubio, 1982:135).

2.2 **maje** adj Tonto (Morales Pellicer, 2001:66).

2.3 **MAJE**: tonto (Lara, 1998/2001: LXXVIII).

3. Honduras

3.1. **MAJE** (máxe) Sust. PERSONA QUE TRABAJA. “Esta noche conoceremos a un nuevo maje” Germ. (Nieto, S., 1986: 132).

3.2. **MAJES** (máxes) Etim. de majería, este del latín majus (DELE). Sust. NOMBRE QUE DAN A LA VÍCTIMA. Germ. (Nieto, S., 1986: 81).

3.3. **Maje**: Tonto (www.hondirectorio.com/slang.htm#m).

4. El Salvador

4.1 **Maje**. m. Neologismo. Tonto (Geoffroy Rivas P., 1987: 91).

Además, registra el derivado majear “engañar”, con las marcas metalingüísticas de transitivo y neologismo.

4.2 **maje** m./f. Tonto, que se deja utilizar, que se deja engañar (Romero, M., 2003: 231).

Como vocablos derivados registra:

majano, -a adj De maje, aguantador, tonto (ibidem).

majiriulo, -a adj. Majiriulo o maje (ibidem).

majiriulo, -a adj. y majiriulo: bobo, maje. (“vato guanaco loco”, Mario Bencastro) (ibidem).

5. Nicaragua

5.1 **MAJE**. Idiota (GPR) | Tipo; individuo; tonto. (CCA, p. 577) | Tonto, pusilánime, mentecato; apelativo para referirse a un hombre o a una mujer con quien se tiene mucha confianza; en algunos casos indica menosprecio (Y R). / Sólo Gabriela Mistral / cantar podría el paisaje, / cuando el negro, que no “maje”,

/pichelero de alta escuela, / a la hermana Bernabela / le está proponiendo viaje. (GRN, p. 117). | Ese maje sólo es tapas. Sabe hablar muy bonito pero aquí no se trabaja con la lengua. (TA, No. 275, p. 4). | ¿Es linda mi chavala, verdad?... No te rías.... Esa maje de veras que me tiene dundo. (S.Q.T., p. 27) |Ver: Ej. de LUCÍO, de PIJUDO (Van der Gulden, Cr. Ma., 1995: 220).

Las fuentes documentales datan de los años 77 al 87.

Conviene anotar que Valle Candía (1972) no registra la palabra maje ni derivado alguno.

5.2 maje. m. desp. Tonto, idiota. *Este trabajo no es para cualquier maje.* || 2. En el trato coloquial, interlocutor. ||3. Individuo, persona indeterminada (Academia Nicaragüense de la Lengua, 2001: 110).

6. Costa Rica

6.1 maje: esta palabra viene de “majada”. Significa la persona que es tonta en el hampa. Pero por antonomasia el hampa considera que una persona es “maje”, un maje, cuando no pertenece al hampa. No concede el hampa privilegio de inteligencia, de astucia, de valor, de hombría, a ninguna persona fuera de su círculo, y aún así, hay hampones que son “bien majes”, y otros que no son “tan majes”, para definir que son tontos, muy tontos, poco tontos. También se le llama “maje” al camésino (sic) (Córdoba Sánchez, J.L., 1960:362).

Respecto de esta última palabra, entiéndase “campesino” en su condición de víctima fácil del hampa por su transparencia e ingenuidad, además de que es fácil colegir el error mecanográfico, pues las teclas de la “p” y de la “tilde” están juntas en las máquinas de escribir.

6.2 Láscaris, C. (1975/1985) acota “Es muy frecuente la exclamación ¡maje!, ya olvidada de su origen” (p. 209).

Relaciona esta palabra con el homónimo “maje” una mosca del Caribe (Puerto Rico, R. Dominicana), minúscula pero de terrible picada. Dice que no se debe confundir con “purruja”. En cuanto a este análisis, no pasa de ser una simple conjetura.

6.3 MAJE. adj. Tonto (Rodríguez Bolaños, E. 1977: 206). El autor, en esta obra de carácter jergal, lo registra como perteneciente al grupo hampesco costarricense.

Es sabido que estos grupos marginales emplean recursos varios para la creación léxica. Mediante la metátesis silábica, también registra la variante “jema” con el mismo significado (Op.Cit.p. 156).

6.4 MAJE m. deriv. de **majo** “tipo popular español que afecta elegancia y valentía: “muchacho”, “joven”, “tipo”. Usase como vocativo (¡maje!) para interpe- lar a un varón. Usado por jóvenes varones de centros (Quesada Pacheco, M. A. 1985:80).

6.5 maje m. (Jerga de los varones) Muchacho, joven. // 2. Vocativo para dirigirse a un varón, y pronunciado ¡MAE! Jerga juvenil. // 3. adj. Tonto, bobo (no sea usted tan maje, no deje que lo boten del brete). // 4. HACERSE EL _____ loc. Disimular, hacerse el tonto (Quesada Pacheco, M.A., 1991: 144).

6.6 En la edición de 1996, Quesada Pacheco registra el mismo artículo anterior, con pequeñas variaciones en cuanto a la técnica lexicográfica, pero no son sustanciales (p. 173).

6.7 maje m {jergal} Muchacho, joven. // Vocativo para dirigirse a un varón, y pronunciado ¡mae!. // 3. adj. Tonto, bobo (No sea usted tan maje, no deje que lo boten del brete). // coger de maje loc. Engañar, burlar. // hacerse el maje loc Disimular, hacerse el tonto (Quesada Pacheco, M.A. 2001: 233).

6.8 maje. adj. vulg. Bobo, tonto, simple. Los hampones y estudiantes coinciden en el uso de ese vulgarismo, común en su jerga. No siempre lo emplean con sentido peyorativo, sino que hasta se ha convertido en muletilla, como vocativo. Ú.m.c.s. Este maje es mi amigo. Yo soy un MAJE muy listo. Mirá, MAJE, no olvidés los libros. V. **mae** (Agüero Chaves, A. 1996: 203).

Si bien hay una remisión a **mae**, esta palabra está ausente de la nomenclatura del diccionario, razón por la que no la define.

6.9 maje I m/f 1. Coloq. juv. Persona indeterminada. || sust./adj. 2. coloq. juv. desp. Persona tonta e ingenua. ||| ¡~! 3. Coloq. juv. Forma de tratamiento de camaradería y confianza entre jóvenes, especialmente usado por los varones, aunque su uso se está difundiendo entre las mujeres. La pronunciación más frecuente es ¡mae! IV. Partícula 4. Se emplea como muletilla a lo largo de una conversación para garantizar el éxito en la comunicación (función fática). Agarrar/coger de ~ a alguien coloq. Engañar, embaucar a alguien. // ¡Diay ~! Coloq. juv. Forma de saludo entre interlocutores de confianza. // esta de ~ coloq. Dar un beneficio a alguien que no lo merece (Sánchez Corrales, V.Ml., dir. sin publicar).

6.10 mae m/f @ Forma de tratamiento amistosa o de camaradería que sustituye al nombre propio [bróder, compa, compadre, compai, compón, compital]. Obs: compadre y compai solamente son sinónimos de la forma masculina (Arroyo Jiménez, G. 1999: 156).

La autora advierte que se usa también en otras variedades diafásicas del español, además del habla hampesca.

6.11 Si bien no se trata de una obra lexicográfica, (Arias Nuñez, 2002, sin publicar) en un estudio de opinión, con objetivos sociopragmáticos, investiga cuarenta formas nominales de tratamiento entre las cuales incluye “mae”, cuyo corpus –entiéndase listado de las formas nominales de tratamiento – elaboró la investigadora a partir de su propia experiencia como hablante, interlocutora y oyente, en conversaciones espontáneas y programadas como entrevistas o conversaciones en los medios de comunicación básicamente orales (cf. p.22).

Respecto de la forma de tratamiento “mae”, dirigido tanto a hombres como a mujeres, resultó ser, según opinión de los informantes, “un tratamiento típicamente usado por hombres entre 20 y 54 años”, no obstante comenta la investigadora, “aunque lo he oído con mucha frecuencia entre mujeres de las primeras dos generaciones (20-34 años, 35-54 años, nota de quien suscribe esta comunicación) sigue siendo mayoritariamente, masculino” (ibidem).

6.12 maje. (Derivado de majo, guapo). m. Úsase como vocativo, ¡maje! para interpelar a un varón. / *adj.* Tonto, bobo. *Hacerse el maje*, loc disimular, hacerse el tonto (Ferrero Acosta, L., 2002: 142)

6.13 Maje / Mae (*) –1) Hombre 2) Mujer Ej.: Mae, vieras que vacilón el del otro día (hombre (o mujer), no te imaginas cómo gozamos hace un par de días). 3) Tonto (a) Ej.: ¡Qué maje sos! (que tonto (a) eres).

Ej.: ¡No sea maje! (No sea tonto) (Giebler Simonet, 2003: 120).

Observación: En el espacio marcado con asterisco se utilizaron íconos que dan información sobre uso y de carácter contexto- funcional.

6.14 Hernández (1976: 82) recoge en su obra *Refranes y dichos populares usuales en Costa Rica* la locución **Hacerse el maje**. Aparentar ignorancia o distracción, como un uso del habla popular costarricense:

“En la presente recopilación que no tiene nada de erudita, como proviene de los labios del vulgo, se han incluido (sic) dichos, expresiones familiares y otras formas comunes que están incorporadas al habla popular costarricense”.

7. Panamá

Revilla, A (1976), Isaza Calderón, B. (1964/1986) e Higuero Morales (1993) no registran la palabra “maje”, lo cual permite inferir que Costa Rica es el límite dialectal sur de esa palabra.

Pablo Grosschmid y Echegoyen, en su *Diccionario de Regionalismos de la Lengua Española* (1998:355), resumen la distribución geográfica del vocablo en estudio, en particular en cuanto a su contenido referencial:

Maje *América Central* Tío, tipo, gachó (ambos géneros). *Méjico* Primo, crédu-lo. (**hacerse el maje**) *América Central* Ser latoso. *Méjico* Hacerse el inocente.

De la denotación a la apelación. Por los senderos de un costarriqueñismo jergal

Si bien no es el momento para valorar metodológicamente las definiciones que se presentan en el apartado anterior, las deficiencias en cuanto a las técnicas lexicográficas empleadas al definir en un buen número de casos, nos obligan a exponer con mucha cautela las siguientes reflexiones.

De las veintidós fuentes consultadas, dos de las cuales se limitan a la variante “mae” como forma de tratamiento nominal, se colige que la palabra maje, en su significado referencial, alude, como constante, a una persona tonta, con una distribución geográfica que va desde México hasta Costa Rica, donde se encuentra su límite extremo sur. No obstante esta palabra presenta un movimiento migratorio reciente, a inicios de la segunda mitad del siglo XX, tal como ha sido registrada en las obras lexicográficas que han servido como fuente documental para el presente estudio.

El diccionario de hispanoamericanismos no recogidos por la Real Academia (Richard, R. coord. 1997) documenta tanto la palabra “maje” como su variante “mae” en su valor referencial, pero sin atestiguarlo en Honduras ni Nicaragua:

“maje. (1) m. y f.; ú. t. c. adj. tonto, idiota. (Guat., El Salv. = Mex. y C.R.): “Después del accidente, su vieja hizo una misa de acción de gracias. Si hubiera sabido que íbamos socados* y con putas no hace ni droga*. Nos hincaron a las cinco y el cura maje nos echó agua bendita. Mejor nos hubiera dado un trago. Todavía estábamos de goma.” (M.A. Flores, *Los compañeros*, 31) = “ (...) mejor andar armado que bien acompañado, sobre todo en esos tiempos en que no hay trabajo y los pobres majes sin empleo ligero – luego se dedican a la cirugía nocturna (...). / (...) Pero es que ustedes cayeron con él por majes. Todo el mundo sabía en México que desde hacía cinco años no daba para más” (R. Dalton, *Pobrecito poeta que era yo ...*, 60 y 177 = Rubio = Quesada = Jiménez = consultas (2) Véase máe” (Richard, R. coord., p.273)

“máe (o:maje). m. Tío, persona en general; es jerga juvenil generalizada –en este caso la J se pronuncia en forma muy atenuada, hasta desaparecer casi por completo; últimamente incluso ha llegado a desaparecer en la graffa. (C.R.): = “No votes, mAe.” (lema anarquista, con la A dentro de un círculo, campaña electoral del 94) = “Tenía una sed espantosa el partido estuvo durísimo porque Tartu no llegó y tuve que jugar de defensa lo que más me cuadra* es el extremo derecho mi juego no es de contención y los máes del otro equipo se me iban perdimos cuatro a dos pero no hay nada.” (R. Arias. *El emperador Tertuliano...*, 15) = consultas (2) Véase también maje (Richard, R., coord. p. 272).

Sin ser explícito, pareciera que Richard, R., coord. (1997) atribuye a la variante mae (o: maje) una distribución geográfica y sociolectal adscritas a Costa Rica.

De la lectura cuidadosa de los artículos lexicográficos de la palabra en cuestión y su correspondiente distribución geográfica e información diastrática cuando se proporciona, no es difícil inferir el valor connotativo de ese vocablo ya que

las acepciones de “idiota”, “tonto”, “víctima del hampa”, “campesino en tanto ingenuo e indefenso ante el enajenamiento de la vida urbana”, etc., evocan, sugieren o implican una carga semántica negativa, un valor despectivo, una connotación estigmatizada.

En lo concerniente al español de Costa Rica, al menos una década después de la primera documentación en un trabajo lexicográfico, se atestigua esta palabra, en función de vocativo, entre personajes del mundo marginal, en una obra literaria de Alfredo Oreamuno Quirós, 1971, (Sinatra), *Noches sin nombre*:

“¿Qué pensás hacer Cailoto?

-¡Maje!, aliviarle la carga de la platilla, dejándole algo para la resaca” (p.48)

El texto literario, en su condición de verosímil, constituye una manifestación cultural enmarcada en un contexto histórico-social; de ahí que nos permite inferir la ampliación de contextos de uso y, en consecuencia, el cambio semántico de esta palabra y reglas de uso: puede observarse que en esta interacción diádica hay una relación simétrica, ya que un interlocutor emplea el voseo como forma de tratamiento de confianza y camaradería (dimensión de solidaridad: **pensás**); el otro interlocutor, por su parte, responde con la forma de tratamiento nominal **maje**. Ambos interlocutores pertenecen al mundo del alcoholismo y de la marginalidad.

Un ejemplo más:

“... Tocándole una mano a Memo y diciéndole: No es nada, maje, no es nada” (Chase, A. 1975: 92).

Al igual que en el caso anterior, estamos ante una forma nominal de tratamiento simétrico, de confianza, pues la cercanía es tal que, además de hablarle con el lenguaje articulado, lo hace con un mensaje cuerpo-cuerpo: “Tocándole una mano a Memo...”.

Si la palabra *maje* tiene en su origen un valor referencial y de uso sociolectal, marcado como perteneciente a la jerga del hampa o a grupos marginales (México, Honduras, Costa Rica), ¿cómo ha sido su tránsito a una variedad más prestigiosa en lo que respecta al español de Costa Rica?, ¿por qué ma(j) e recibe la marca de jerga juvenil?, ¿qué factores histórico-culturales habrían abonado el terreno para este cambio lingüístico: transferencia sociolectal: del habla hampesca al habla juvenil, y su función apelativa: de la denotación a la forma nominal de tratamiento?

En efecto, en lo concerniente al español costarricense, el vocablo *maje* ha experimentado una transferencia sociolectal y una ampliación de su aplicabilidad,

ya que, además de conservar su contenido referencial, adquiere un valor apelativo en determinado contexto sociolectal y de registro.

Estas preguntas nos llevan a reflexionar sobre el 'ethos' de los jóvenes en la búsqueda y construcción de su identidad frente al otro y a lo otro. La otredad está simbolizada por la cultura dominante, la cultura oficial, experiencia de vida que perciben los jóvenes como <enajenante>, que coarta sus intereses, obstaculiza sus aspiraciones y censura su visión de mundo: «... diversas manifestaciones de una mentalidad que se ha dado en llamar contracultural, con el lenguaje que la manifiesta. Como en gran parte esa corriente contracultural está representada por grupos juveniles, consideraremos la vinculación de lengua e ideología en la jerga de los jóvenes (de algunos sectores de los jóvenes) (Casado Valverde, 1988: 101).»

En efecto, al correlacionar elementos lingüísticos en variación con factores sociales, se pueden identificar producciones textuales como indicadores de pertenecer a determinados grupos sociales. Variación lingüística posible en virtud de la naturaleza dinámica y flexible de la lengua como sistema. Al respecto, Moreno Fernández (1998:31) acota lo siguiente:

«Así pues, las variables extralingüísticas, especialmente las sociales, actúan allí donde la lengua lo permite y no es casualidad que sea en el nivel léxico –el más periférico o superficial, el más sujeto a los vaivenes históricos, el de mayor carga simbólica- donde estas variables parecen revelarse como más determinantes»

El joven adolescente, crítico, enmarcado en un ethos de marginación y de rechazo de los usos sociales estándares, de la cultura adulta, oficial, iconoclasta de los valores <legítimos>, desarrolla su propia cultura y con ello una habla que le permite crear lazos de cohesión e identidad entre sus congéneres al compartir su mismidad:

«... resulta difícil concebir una subcultura marginal sin un lenguaje propio... (...) Las hablas de grupo de carácter juvenil, como el *cheli*, se caracterizan por la acepción de ciertas formas subestándares como medio de distinguirse de la lengua estándar usada por la gente «normal», de la misma manera que adoptan gestos, modos y modales diferentes» (Rodríguez González, F., 2002: 33-34).

Por otra parte, las variantes sociolectales de la lengua no constituyen compartimentos aislados. Es sabido que, por ejemplo, el vocabulario del argot de los delincuentes trasciende sus propios límites de lo críptico – contracultural (marginal propiamente) para difundirse entre otros hablantes, pudiendo adquirir visa de estandarización en la variedad común. Este es el caso de la palabra ma(j)e en el español de Costa Rica, particularmente en su función apelativa.

Sanmartín Sáez (1998) señala la relación y dependencia entre la variación social de la lengua en su condición de sociolecto y la situación comunicativa en que tiene lugar. Así pues, tanto el argot hampesco como el juvenil se presentan en un registro coloquial, coloquialidad que motivará el que otros hablantes hagan uso de algunas voces con aquellas marcas sociales. El argot juvenil se constituye en un difusor de usos lingüísticos marginales y hampescos, ya que ambos sociolectos tienen «claras intersecciones e interferencias» (id: 199).

El habla juvenil, aduce Sanmartín Sáez, «adopta voces del argot de la delincuencia; por ello, se produce la coincidencia entre ambos. No obstante, es problemático señalar el origen o fuente del préstamo en una etapa sincrónica, pues son voces usadas indistintamente por ambos grupos de hablantes, delincuentes y jóvenes (...). Además, al tratarse de un corpus oral, sin apenas fijación escrita, no se pueden documentar las voces ni descubrir si se usaban primero en un grupo u otro» (Op. Cit.: 205).

Una de las razones por las que el habla juvenil adopta voces marginales es la apropiación de la marginalidad, la autoexclusión de esa sociedad <formal, adulta, madura>, con el propósito de manifestar el rechazo de los valores de esa cultura <oficial>.

El lenguaje juvenil como constructo social se produce en virtud de la interacción comunicativa de determinados hablantes, quienes están inmersos en una haz de relaciones interpersonales, grupales y construyen y deconstruyen solidariamente experiencias de vida en común. De ahí que cualquier estudio relativo a este argot no puede obviar un trabajo sobre el terreno para obtener datos que sustenten el análisis correspondiente:

«Los conocimientos que tenemos hasta ahora permiten destacar en el lenguaje juvenil] dos aspectos fundamentales: 1º. la función de constituir una identidad específica juvenil y hasta identidades específicas de subculturas juveniles, y 2º. su producción y reproducción en eventos de interacción social, es decir que se trata de un fenómeno genuino de la cultura oral. Estas dos características se derivan de la observación de la comunicación entre jóvenes en vivo, no se pueden derivar del análisis de los elementos diferenciadores aislados de su contexto de uso» (Zimmermann, Kl., 2001: 143).

En efecto, al observar situaciones comunicativas cuyos interlocutores son jóvenes estudiantes de la Universidad de Costa Rica (muestra recogida por mis estudiantes Nataly Campos Bolaños y Yasmín Delgado Romero, alumnas de mi curso Español de América y Costa Rica I, primer ciclo de 2006), se han obtenido los siguientes ejemplos:

1. Frente a una biblioteca, dos amigos se saludan:

- ¡Qué, *mae*! ¿Todo bien?

- Sí, *mae*, todo bien
2. Al salir de una clase, dos jóvenes varones conversan sobre un trabajo que deben realizar en grupo:
- A mí lo que me agüeva es que ese **mae** es un echado.
 - Sí, *mae*; la salvada es que Laura sí le pone.
3. En otra situación comunicativa cuyos interlocutores son una mujer y un varón, ambos jóvenes, se constata:
- ¿ Cómo te fue en el partido? (habla la mujer, en adelante M)
 - ¡Pura vida! Vieras que vacilón, no ve que un **mae** se lució haciendo goles y andaba con la noviecilla, y claro, se los dedicó todos a ella. (habla el varón, en adelante V)
 - Y... ¿qué hizo la **mae**? (M)
 - Diay, ella pegaba brincos como una loca. (V)
 - ¡Qué ridícula esa **mae**!, pero, ¿cuántos goles metió el **mae**? (M)
 - Diay,el **mae** metió como cinco goles (V)
4. En las afueras del edificio de una facultad, al conversar sobre un baile, una joven estudiante le cuenta a su amigo una aventura en un baile:
- Yo lo tenía bien abrazado, que hasta le podía sentir el corazón, yo creí que el **mae** se me iba a descomponer. (M)
 - ¿De verdad, Lore? (V)
 - En serio, *mae*. (M)
5. Otro ejemplo más de interacción lingüística entre mujeres jóvenes: en un estacionamiento, a punto de montarse en el automóvil, dos mujeres conversan:

- La verdad es que esa **mae** sí juega de viva. (M1)
 - La verdad es que sí. (M2)
 - Y la ficha de novio que se tiene.(M1)
 - í, creyó que se había ganado el cielo con ese **mae**. (M2)
6. Finalmente, dos hablantes, jóvenes mujeres, se saludan:
- ¿Qué, *mae*, pura vida? (M1)
 - Todo bien. (M2)
 - ¿Y qué, Tati? ¿Cómo le fue en el examen? (M1)

En las muestras de habla presentes en los rubros inmediatamente anteriores, enumerados del uno al seis (1-6), se constatan intervenciones lingüísticas de jóvenes estudiantes, universitarios todos, en las que se registran doce apariciones del vocablo “ma(j)e” con dos acepciones básicas:

1. el uso referencial, cuya diferenciación tipográfica se ha marcado mediante la negrita,
2. el uso apelativo, como forma nominal de tratamiento, tipográficamente con marcación de letra itálica.

Analizados con detenimiento, siete casos corresponden a la primera acepción, esto es, en el lenguaje coloquial, “persona cuyo nombre o condición se ignoran o no se quieren decir” y cinco ejemplos tienen un valor apelativo: constituyen formas nominales de tratamiento, empleadas más por los jóvenes varones (cuatro de los cinco ejemplos), pero también se verifica un uso que se va extendiendo a las jóvenes en interacciones lingüísticas de coloquialidad, hecho muy censurado años atrás.

Obras lexicográficas citadas marcan el uso jergal de la palabra **maje** en su acepción referencial (Lara, 1996; Nieto, 1986; Córdoba Sánchez, 1960; Rodríguez Bolaños, 1977; entre otros), cuya distribución geográfica va desde México en el extremo norte, hasta Costa Rica, como límite dialectal del sur.

Si bien hay muchas limitaciones en el tratamiento de los artículos lexicográficos, excepción hecha de Lara (1996), Agüero Chaves (1996), Quesada Pacheco

(2001) y Sánchez Corrales (en proceso actualmente), por la naturaleza de todas esas obras, se puede colegir la condición de registro coloquial del vocablo *maje*, cuyo uso ha trascendido a hablantes que no pertenecen a un grupo hampesco, en virtud del papel mediatizador de la jerga juvenil en estos procesos de “hidalguización” de elementos lingüísticos de procedencia marginal. Respecto de este vocablo, en la acepción de tonto, Agüero anota: “Los hampones y estudiantes coinciden en el uso de ese vulgarismo, común en su jerga”. La unidad pluriverbal **hacerse el maje**, registrada para el español costarricense por Hernández (1976), pertenece a lo que se conoce con el nombre de argot común no es sino otro ejemplo de transferencia sociolectal, en cuya “hidalguización” probablemente haya participado la jerga juvenil.

En este mismo orden de cosas, la jerga juvenil se caracteriza también por la creación de formas de tratamiento que, para el uso lingüístico estándar y un ethos de adultos, resultan contraculturales y vitandas: *cara de picha* (pronunciada carepicha), *cara de culo* (pronunciada careculo), *güevón*, y, por supuesto, *ma(j)e*, constituyen formas nominales de tratamiento (vocativos) en la jerga juvenil costarricense, en situaciones comunicativas no formales y de coloquialidad, pero que, para un adulto, partícipe de la cultura oficial normatizada, resultan groseras y hasta soeces. No pocos jóvenes costarricenses han recibido tremendas reprensiones de sus padres, incluido el castigo físico (Carlos Alberto Rodríguez Ramírez, profesor de la Escuela de Filosofía de la Universidad de Costa Rica, comunicación personal), por haber empleado *ese tipo de vocabulario*.

Concluyo con palabras de Sanmartín Sáez (la marcación con negrita es nuestra):

“El joven se aleja de la sociedad tradicional, de las responsabilidades y valores de la sociedad adulta, y por ello emplea un sistema lingüístico propio (rasgos morfosintácticos, acortamientos, transformaciones semánticas, **vocativos**, prefijos como *supe* (sic), etc.), diferente y “opuesto” a la lengua general. Los disfemismos y los préstamos del argot de la delincuencia facilitan el distanciamiento, un distanciamiento ficticio y temporal” (Sanmartín Sáez, 1998:211).

En resumen, de conformidad con las fuentes lexicográficas, por ejemplo Quesada Pacheco (2001), en especial Sánchez Corrales (investigación en proceso), datos de textos de interacción lingüística entre jóvenes costarricenses, el estudio de Arias Núñez (2002, sin publicar) y los análisis correspondientes, se han constatado las formas de contenido, referencial y semántico-pragmático, del vocablo **maje** en situaciones discursivas de coloquialidad y, respecto del último valor, se constituye en una marca sociolectal al identificársele como perteneciente a la jerga juvenil costarricense.

Bibliografía

- Academia Nicaragüense de la Lengua. 2001. *Diccionario de uso del español nicaragüense*. Nicaragua: Ediciones de la Academia Nicaragüense de la Lengua.
- Agüero Chaves, A. 1996. *Diccionario de Costarriqueñismos*. San José: Publicaciones de la Asamblea Legislativa de la República Costa Rica.
- Arias Núñez, C. 2002. Los tratamientos en el español intermontano central de Costa Rica, área metropolitana: un análisis sociopragmático. Tesis de Licenciatura en Filología Española. Universidad de Costa Rica.
- Arroyo Jiménez, Gl. 1999. Léxico del hampa costarricense. Tesis de maestría en Lingüística. Universidad de Costa Rica.
- Carricaburo, N. 1997. *Fórmulas de tratamiento en el español actual*. Madrid: Arco Libros.
- Casado Valverde, M. 1988. *Lenguaje y cultura*. Madrid: Editorial Síntesis.
- 2002. "Aspectos morfológicos y semánticos del lenguaje juvenil". En *El lenguaje de los jóvenes*. F. Rodríguez (Coord.): 57-66.
- Chantal Pallais, J. R. 1994. *Vocabulario popular nicaragüense*. Managua: Imprenta El Amanecer, S.A.
- Chase, A. 1975. *Mirar con inocencia*. San José: Editorial Costa Rica.
- Córdoba Sánchez, J. L. 1960. *Glosario del hampa en Costa Rica*. Colonia Penal Agrícola San Lucas, mecanografiado.
- Ferrero Acosta, L. 2002. *Mil y tantos tiquismos. Costarriqueñismos*. San José: Editorial de la Universidad Estatal a Distancia.
- Geoffroy Rivas, P. 1987. *La lengua salvadoreña*. San Salvador: Publicaciones e Impresos del Ministerio de Cultura y Comunicaciones de El Salvador.
- Giebler Simonet, A. 2003. *A lo tico. Costarriqueñismo y otras vainas*. San José: Diseños Precisos S.A.
- Grosschmid, P. y Echegogen C. 1998. *Diccionario de Regionalismos de la Lengua Española*. Barcelona: Editorial Juventud.
- Herrero, G. 2002. "Aspectos sintácticos del lenguaje juvenil". En *El lenguaje de los jóvenes*. F. Rodríguez (Coord.): 67-96.
- Higuero Morales, A. 1993. *Diccionario de términos panamaños*. Panamá: Allied Enterprises.
- Isaza Calderón, B. 1986. *Panameñismos*. Panamá: Manfer.
- Lara Ramos, Luis Fernando (Dir.). 1996. *Diccionario del español usual de México*. México: El Colegio de México.
- Láscaris, C. 1989. *El costarricense*. San José: EDUCA.
- Mejía Prieto, J. 1984/1992. *Así habla el mexicano*. México: Panorama Editorial, S.A.
- Moliner, M^a. 1966/1981. *Diccionario de uso del español*. Madrid: Editorial Gredos.
- Morales, Pellecer, S. 2001. *Diccionario de guatemaltequismos*. Guatemala: Artemis Edeinter, S.A.
- Nieto S., E. M^a. 1986. *Léxico del delincuente hondureño, diccionario y análisis lingüístico*. Tegucigalpa: Editorial Universitaria Universidad Nacional Autónoma de Honduras.
- Oreamuno Quirós, A. 1971. *Noches sin nombre*. San José: Lehmann.
- Ortiz, M^a S. (Comp.). 1996. *Identidades y Producciones Culturales en América Latina*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Pérez Yglesias, M^a. y González García Y. 1996. "Identidad de identidades: ¿hacia una identidad hegemónica?". En *Identidades y Producciones Culturales en América Latina*. María Salvadora Ortiz (Comp.): 3-28.
- Quesada Pacheco, M. 1985. *Diccionario regional de los distritos de San Gabriel, Monterrey y la Legua de Aserrí*. San José: Ludovico.
- Quesada Pacheco, M. 1991/2001. *Nuevo Diccionario de Costarriqueñismos*. Cartago: Editorial Tecnológica de Costa Rica.
- Real Academia Española. 2001. *Diccionario de la lengua española*. Madrid: Espasa-Calpe.

- Richard, R. (Coord.). 1977. *Diccionario de hispanoamericanismos no recogidos por la Real Academia*. Madrid: Cátedra.
- Rodríguez Bolaños, E. 1977. El lenguaje del grupo hampesco costarricense. Tesis de Licenciatura en Filología Española. Universidad de Costa Rica.
- Rodríguez González, F. 2002. "Lenguaje y contracultura juvenil: anatomía de una generación". En *El lenguaje de los jóvenes*. F. Rodríguez (Coord.): 29-56.
- Rodríguez, F. (Coord.). 2002. *El lenguaje de los jóvenes*. Barcelona: Ariel.
- Romero, M. 2003. *Diccionario de salvadoreñismos*. San Salvador: Editorial Delgado, Universidad "Dr. José Matías Delgado".
- Rovillos, A. 1976. *Panameñismos*. Panamá: Impresora Roysa.
- Rubio, J. Fr. 1982. *Diccionario de voces usuales en Guatemala*. Guatemala: Editorial Piedra Santa.
- Sánchez Corrales, V. 1988. "Lexicografía del español en Costa Rica, visión crítica". En *Revista de Filología*. Vol. XIV (2): 147-156.
- Sanmartín Saez, J. 1998. *Lenguaje y cultura marginal. El argot de la delincuencia*. Valencia: Ediciones de la Universidad de Valencia.
- Seco Reymundo, M. et al. 1999. *Diccionario del Español Actual*. Madrid: Aguilar.
- Van der Gulden, Cr. M. 1995. *Vocabulario nicaragüense*. Managua: Editorial UCA.
- Zimmermann, K. 2002. "La variedad juvenil y la interacción verbal entre jóvenes". En *El lenguaje de los jóvenes*. F. Rodríguez (Coord.): 137- 163.

NUEVAS FÁBULAS: LA “OTRA” LITERATURA DE RAFAEL ÁNGEL HERRA¹

Amalia Chaverri Fonseca

*Los animales se parecen tanto al
hombre que a veces es imposible
distinguirlos de éste.*

K'nyo Mobutu

Rafael Ángel Herra se ha caracterizado, en su trayectoria literaria, por una posición de ruptura con respecto a la narrativa que le precede. De ello han dado cuenta estudiosos de la literatura nacional y críticos internacionales. En Costa Rica, Sonia Marta Mora, en un texto titulado “La palabra ante el espejo” (s.f.e. circa 1980) considera a Herra, junto con Ana Cristina Rossi y José León Sánchez, quienes trabajan temas disímiles entre sí, como iniciadores de un rompimiento con las tendencias anteriores: la historia, en José León Sánchez, el erotismo y la liberación femenina en Ana Cristina Rossi y la intertextualidad y el despliegue imaginativo en Rafael Ángel Herra. Mención similar hacen *Literatura y fin de siglo* de Carlos Cortés (1991) y *100 años de Literatura costarricense* de Margarita Rojas y Flora Ovarés (1995).

En el campo internacional, la compilación *Obras maestras del relato breve* (s.f.e.) publicada por Océano, considera su cuentística y cuento breve como “experimental”, y lo sitúa dentro del “nuevo vanguardismo o posmodernismo hispanoamericano” (*Obras Maestras* (s.f.e: 598). En *El cuento hispanoamericano en el siglo XX*, editado por Fernando Burgos, un estudio sobre el cuento postmoderno califica también la cuentística de Herra, “como vanguardista y neovanguardista” (Burgos; 1997:53) y añade que “entrelaza el pasado y la modernidad de la Historia como un solo devenir alucinante...” (Burgos; 1997:55)

Sirva lo anterior para sintetizar los términos en que la crítica ha definido la obra de Herra: ruptural en su relación con el proceso de la literatura costarricense, empleo de la intertextualidad posmoderna, actitud vanguardista en tanto

1 Palabras leídas el día de la presentación en el Centro Cultural Francés el 14 de diciembre de 2011.

búsqueda constante de nuevas formas de escritura. Todo lo cual apunta a un alejamiento del realismo que ha caracterizado a la literatura costarricense, para insertarse en movimientos de vanguardia, lo cual comenta Carlos Francisco Monge en estos términos: “casi nunca se usa el termino vanguardismo para referirse a esa literatura novedosa, ni al período en que se inserta en las letras de Costa Rica” (Monge; 2005:18). Los texto de Herra, formarían parte de lo que Carlos Cortés, escritor y crítico costarricense, llama “la otra” literatura.

Dentro de este marco, el propósito de este trabajo es leer su texto *La divina chusma*, como un texto innovador en su relación con el tratamiento de la fábula tradicional. Se parte de que el escritor subvierte el canon de ese género, cuyas características se han mantenido bastante firmes desde su aparición y no han mutado tanto como el cuento y la novela. No se entiende aquí la ‘fábula’ como la ‘historia’ o sinopsis de lo que se cuenta en un relato, que utiliza la teoría literaria reciente.

Propongo entonces una revisión de la trayectoria del género tradicional. Hay muchas versiones sobre el inicio de las fábulas. Algunos lo atribuyen a grupos orientales; otras opiniones se remontan a Mesopotamia, 2000 años antes de Cristo. Lo importante es que desde esos tiempos aparece en el mundo uno de sus más innegables aportes: gracias al lenguaje, al fabulare, los narradores dotaron al animal de palabra y le abrieron la posibilidad de ser protagonista de historias. Este gran invento siguió su curso y pasó a la cultura griega, donde con Esopo (570 -526 a.C.) se añade y consolida en él, la moraleja y la función didáctica. Siendo el gran representante de la época, sus fábulas, no escaparon a los mandatos de Platón.

De Grecia la fábula pasó a Roma: Horacio (65 a.C. – 8 a.C.) escribió en sus *Sátiras* (II, 6) la memorable fábula del ratón del campo y el ratón de ciudad; Gayo Julio Fedro (15 a.C. a 55 d.C.) inspirado en Esopo, transformó el género de prosa a verso y escribió también, curiosamente, 101 fábulas. Valerius Babrius fue un poeta latino que a fines del siglo I d. de C. y comienzos del II, escribió fábulas en griego. En el siglo IV las fábulas del poeta romano Flavio Aviano fueron, en su mayoría inspiradas en las de Esopo, circularon mucho en la Edad Media porque, a diferencia de las de Fedro, no eran licenciosas. Durante el Renacimiento las fábulas contaron con el interés de los humanistas, tanto es así que Leonardo da Vinci (1452 – 1519) compuso un libro de fábulas.

En la cultura occidental han sido representantes importantes y seguidores del canon de Esopo, Jean de la Fontaine (1621 – 1695) quien planteó la necesidad de imitar a los griegos; y Feliz María Samaniego (1745 - 1801) a quien se le atribuyen 157 fábulas y que incorporó una actitud crítica y beligerante en algunas de ellas, siempre dentro de una posición moralizante. En el prólogo a *Fábulas en verso castellano*, para el uso del Real Seminario Bascongado (MDCCLXXXI) dice Samaniego: “Muchos son los sabios de diferentes siglos, y naciones que han aspirado al renombre de Fabulistas; pero muy pocos los que han hecho esta carrera felizmente.” Más adelante justifica el escogimiento de las fábulas como material didáctico: “mirando

la educación como á basa (sic) en que estriba la felicidad pública, emplea la mayor parte de su zelo (sic) patriótico en el cuidado de proporcionar a los Jóvenes del Real Seminario Bascongado quanto (sic) conduce a su instrucción, y siendo (por decirlo assi) (sic) el primer pasto con que se debe nutrir el espíritu de los niños las máximas morales disfrazadas en el agradable artificio de la fábula.” (Samaniego; Cfr. Bibliografía).

Haciendo un salto en el tiempo, nuestro representante en Latinoamérica es Augusto Monterroso (1921–2003) con *La oveja negra y demás fábulas* (1969), en quien es importante detenerse. Su volumen consta de 40 fábulas; sin embargo, lo que nos interesa destacar -para efectos comparativos con nuestra propuesta- es que no todas sus fábulas corresponden a la noción de género que hemos rastreado: solamente 15 de las cuarenta son estrictamente con personajes animales. En las otras aparecen animales y personajes históricos como protagonistas, en otras incursiona en temas de la mitología, de los valores, de cosas personificadas, etc. Indudablemente, Monterroso marcó un momento en las letras hispanoamericanas, con estas fábulas y relatos, así como con sus reconocidos textos breves. Ángel Rama le atribuye el haber “limpiado” la fábula “del polvo escolar que la oscurecía y restaurando una tradición que se hubiera dado por muerta en Latinoamérica” (Cfr. Bibliografía). Y, en 1962, el dramaturgo francés Jean Anouilh publicó una colección de 43 fábulas -con bastante éxito- y revitalizó el género.

En el *Index motifs*, catálogo de motivos de relatos folclóricos de Antti Aarne y Stith Thompson (Aarne-Thompson), publicado en 1910, los autores definen y clasifican las fábulas como cuentos de animales con el fin de incluir una moraleja. En síntesis, para ellos lo que se conocía como fábula tradicional debía tener estas características: a) pieza breve y con pocos personajes animales, b) final sorpresivo, c) moraleja de carácter didáctico y moralizante, d) inventiva y riqueza imaginativa.

Dice Todorov: “Los géneros son precisamente esos eslabones mediante los cuales la obra se relaciona con el universo de la literatura” (Todorov; 1974: 15); y, por otra parte plantea Fernando Burgos que es constitutivo de la escritura posmoderna y de los textos de vanguardia “entrelazar el pasado con la modernidad” (Cfr. Burgos; 1997). La actitud de Herra es congruente con lo anterior, ya que retoma el género y subvierte el canon.

Veamos la estructura del texto.

La divina chusma es un texto formado por 101 fábulas, divididas en cuatro partes bajo los siguientes subtítulos: “El azar es desigual”, “La realidad hace trucos”, “Animal sapiens”, “Habitat”, “Teoría de la relatividad” y “A manera de epílogo”, que incluye “La piedad”, texto nacido de una experiencia vivida por el escritor.

Desde el epígrafe de *La divina chusma* se anuncia la reelaboración de un viejo tema, la fábula del sapo y la princesa. Le sigue un prólogo, titulado “Los narradores se presentan”, una especie de “junta de animales de ciencia”, donde un papagayo se dirige a los lectores, para advertirles sobre lo que será el texto.

En su momento, dato curioso, Samaniego tiene también una fábula que prefigura lo recién expuesto y que se titula “El congreso de los ratones”. Volviendo al prólogo, se perfila el primer cambio: el paso de un narrador omnisciente tradicional a un abanico de narradores, todos animales, que cuentan sus experiencias, ya sea como testigos o protagonistas de sus propias historias, o vistos desde ojo del papagayo tal y como él lo anuncia en la introducción.

La propuesta textual es dar un giro y reelaborar el género tradicional. El lector no se encontrará con la acostumbrada fábula fácil y didáctica, con animales hablando, peleando o engañándose, a la cual estamos acostumbrados. Se trata de un cambio en el cual el autor enriquece el género, y, con gran sagacidad, no solo pone a hablar a los animales según sus “personalidades” y características físicas, sino que elabora acuciosas analogías entre el comportamiento de ellos y el de los humanos. La analogía es tan sólida que en muchas ocasiones el lector se funde en las entrañas de los comportamientos animales —que podrían ir desde el majestuoso cisne de Darío a las pobres sabandijas kaffianas— y sentir que está viendo y reconociendo sus propios rasgos en el “animal sapiens”.

La técnica de estas versiones consiste en encontrar características físicas o “psicológica-instintivas animales” (término que acuñé para este trabajo) que hace que, como en un espejo, el homo sapiens se reconozca en ellas. En otras palabras, se construyen analogías que nos permiten hablar del binomio “homo sapiens/ animal sapiens”.

Si bien como hemos visto, desde su nacimiento, la fábula se aboca a explicitar una moraleja y a proponer una conducta ética, estas fábulas se sublevan a ser un catálogo de consejos o exhortaciones a buenos comportamientos. Simplemente muestran los hechos y el lector deduce, juzga y se mira en un espejo. ¿Qué refleja un espejo? Se dice que la verdad. En un juego de espejos, el escritor humaniza a los animales, a la vez que “animaliza” a los hombres al lograr que el lector se vea reflejado, con picardía y humor en el comportamiento animal. Así no solo estamos ante un cambio de narrador sino ante la desaparición de la moraleja y el mensaje moralizante. Sirvan los siguientes ejemplos:

“La urraca y el papagayo”:

No sé por qué los papagayos hablan y las urracas roban, pero si puedo hacer una afirmación que nadie podrá rebatir: la amistad entre ellas es imposible: cada vez que la urraca se roba alguna cosa, el papagayo lo cuenta a todo el mundo.

“El colibrí y la gata”:

La gata vanidosa se queda mirando al colibrí al otro lado del cristal. Le gusta asomarse a la ventana para gastar el tiempo, pero

hoy está convencida de que se refleja en el espejo. El colibrí se detiene en el aire y también la mira; nadie sabe si lo fascina la belleza o el terror. La gata, infeliz por verse tan espantosa y disminuida, da un salto sobre la imagen.

-Qué extraño –se dijo el colibrí, viendo caer a la gata entre cristales rotos-, pensé que era mi reflejo.

“El festín de la mantis religiosa”:

¿Saben ustedes por qué la mantis religiosa se come al macho cuando termina la luna de miel? La razón es harta conocida: se siente culpable. La educaron llena de culpa, como a toda su estirpe. Su madre y sus abuelas y tatarabuelas siempre se comieron al padre, al abuelo, al tatarabuelo. Esta voracidad les amargó la vida. Siendo tan infeliz como corresponde a la tradición familiar, no le queda otra cosa que comerse al idiota que la lleva al pecado como su madre, su abuela, su tatarabuela. Es una estirpe culpable, cada generación repite el crimen de la generación precedente. Tanta culpa ha hecho nacer en ella la necesidad del perdón. Su actitud devota no es falsa, como sucede con animales poco honestos: la mantis, solo ella, se pasa la vida de rodillas y las manos juntas como los bienaventurados.

Es tan sabia como devota, dicen algunos por ahí. Puesto que aborrece los problemas que acarrea el amor, se come a sus amantes.

También se murmura que la explicación del festín no reside en la culta, sino en la alta cocina: la mantis religiosa adora el platillo único.

“El escorpión y la serpiente”:

Un escorpión y una serpiente andan merodeando por la maleza, cada cual en lo suyo, y se encuentran cara a cara. Se miran, se miden, tienen hambre. La serpiente piensa en su alimento, pero al mismo tiempo conoce el riesgo: ha oído hablar de aquel aguijón mortal que ahora se mece frente a ella. El escorpión está alerta: su veneno es poderoso, pero también ha escuchado historias sobre los colmillos de las serpientes. Siguen vigilándose,

midiéndose. El corazón les arde de coraje, se miran por última vez y se alejan sin volverse las espaldas. Al final, el escorpión se satisface con los escarabajos y la serpiente con las ranas. Sin necesidad de ponerse de acuerdo, se reparten el reino.

En este ejemplo la conclusión final se distancia de la moraleja por ser una conclusión objetiva y crítica que el lector puede elaborar.

Un rasgo reconocido de la narrativa del escritor ha sido el uso de la intertextualidad posmoderna, según la cual ésta aparece en primer plano, exhibida y tematizada. Ilustro como ejemplo el camino recorrido por la fábula “La zorra y las uvas”. Atribuida a Esopo y recontada por Babrio, Gayo Julio Fedro, Jean de La Fontaine y Félix María Samaniego, esta fábula aparece en treinta libros entre 1781 y el 2004. La primera versión, la de Esopo, tiene varias traducciones, con pocos cambios entre ellas. Es el texto semilla de las otras versiones y dice así:

Estaba una zorra con mucha hambre, y al ver colgando de una parra unos deliciosos racimos de uvas, quiso atraparlos con su boca. Mas no pudiendo alcanzarlos, se alejó diciéndose: — ¡Ni me agradan, están tan verdes...! Moraleja: Nunca traslades la culpa a los demás de lo que no eres capaz de alcanzar.

La Fontaine las puso en verso y Samaniego siguió en el mismo patrón:

Es voz común que a más del mediodía, / En ayunas la Zorra iba cazando; / Halla una parra, quédase mirando/De la alta vid el fruto que pendía. / Cansábala mil ansias y congojas/ No alcanzar a las uvas con la garra,/ Al mostrar a sus dientes la alta parra/ Negros racimos entre verdes hojas./ Miró, saltó y anduvo en probaduras,/ Pero vio el imposible ya de fijo./ Entonces fue cuando la Zorra dijo:/ «No las quiero comer. No están maduras.»/ No por eso te muestres impaciente,/ Si te se frustra, Fabio, algún intento:/ Aplica bien el cuento,/ Y di: No están maduras, frescamente.

Veamos lo que sucede en la novela del escritor, *El genio de la botella* (1990). Un personaje, el Maestro, narra su versión de la “La zorra y las uvas”, bastante similar a la de Esopo. Diógenes, quien lo escucha, lo increpa y le dice: “yo conozco mejor la fábula”, y narra su versión. En adelante, cada uno retoma el diálogo con nuevas propuestas hasta llegar a siete versiones, para terminar con esta conclusión: “Las historias pueden repetirse indefinidamente y ninguna es auténtica ni falsa” (Herra; 1990: 78–81). Ejemplo este de una puesta en escena de que el texto se renueva continuamente. El último eslabón aparece en *La divina chusma*, bajo el título “La zorra y las encuestas”, cuando al final del relato, al descubrir el valor de las encuestas, la zorra exclama: “-He descubierto un arte maravilloso, se dijo,

no sin cierta sonrisa apenas disimulada, mientras se le hacía la boca agua pensando en un racimo de uvas que tal vez daría origen a otra historia”.

Una última fábula, titulada “La piedad”, y culminación de lo anterior, más allá de ser un deleite estilístico es una gran metáfora de la “analogía” más sublime que existe entre ambos reinos —el ser humano y animal— salidos del Paraíso, desde entonces enfrentados al mundo, llorando la muerte de un hijo.

A modo de cierre planteamos que en la presente lectura hemos recorrido un género literario universal y hemos visto cómo, al retomarlo, el escritor vuelve la mirada al pasado (en tanto uso de características del género) para reelaborarlo desde el presente. Son válidas también en este caso las palabras de Ángel Rama en cuanto a la necesidad de restaurar una tradición que, de lo contrario, se hubiera muerto en Latinoamérica. Lo anterior implica una búsqueda de nuevas formas de escritura, a partir de la puesta en valor de un género ancestral que, como se ha demostrado, no ha mutado de forma tan clara como lo han hecho la novela y el cuento.

El proyecto estético del escritor es subvertir el canon tradicional, hacer caso omiso de moralejas y contenidos didácticos o moralizantes, para proponer que nos miremos en el espejo de los comportamientos animales, analogándolos con la condición humana.

Finalmente, desde una perspectiva pragmática, entendida como la relación con el lector y, más allá, con el público en general, estamos ante unas fábulas ingeniosas, humorísticas, cáusticas, llenas de brío y sabor, que amén de un deleite por su estilo cuidadoso, son una lectura que hará pensar.

Bibliografía

- Burgos, Fernando. Editor. 1997. *El cuento hispanoamericano en el Siglo XXI*. Madrid: Clásicos Castalia.
- Cortés, Carlos. 1991. “Literatura y fin de siglo” (La nostalgia de la realidad y la poética del vacío). *Memoria, Percepción y Moda (Ensayos críticos sobre literatura y artes visuales)*. San José: Universidad estatal a distancia.
- Chaverri, Amalia. “Intertextualidad, Ludismo y Palimp(tex)tos”. *Káñina, Revista de Artes y Letras de la Universidad de Costa Rica*, Vol. XXIII (2) San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1999; 17-23.
- Grupo Océano. *Obras Maestras del relato breve*. Barcelona: Editorial Océano. s.f.e.
- Herra, Rafael Ángel. 1990. *El genio de la botella*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica. *La divina chusma*. 2011. San José: Uruk Editores.
- Hutcheon, Linda. 1998. *A poetics of Postmodernism. History, Theory, Fiction*. USA: Routledge.
- Huyssen, A. *Modernidad y Postmodernidad*. 1992. Compilación de Josep Picó, Madrid: Alianza Editorial.
- Monge, Carlos Francisco. 2005. *El vanguardismo literario en Costa Rica*. San José: EUNA.
- Monterroso, Augusto. 1997. *La oveja negra y demás fábulas*. 2ª. Edición. Madrid: Alfaguara.
- Mora, Sonia Marta. “La palabra ante el espejo: la novela costarricense contemporánea” (Copia mimeografiada entregada por la autora).

- Piégay-Gros, Nathalie. 1996. *Introduction a l'Intertextualité*. París: Dunod.
- Pfister, Manfred. 1991. "¿Cuán moderna es la intertextualidad?". La Habana: *Criterios*, 29, VII.
- Rojas, Margarita, Ovares, Flora. 1995. *100 años de literatura costarricense*. San José: Ediciones Farben.
<http://amediavoz.com/samaniego.htm>
- http://es.wikipedia.org/wiki/F%C3%A9lix_Mar%C3%ADDa_Samaniego
- <http://books.google.es/>
- <http://es.wikipedia.org/wiki/F%C3%A1bula>
- <http://es.wikipedia.org/wiki/Esopo>
- http://es.wikipedia.org/wiki/La_zorra_y_las_uvas.
- <http://www.vicentellop.com/.../samaniego/fabulassam.pd...>
- http://www.google.co.cr/search?as_q=La+oveja+negra+y+dem%C3%A1s+f%C3%A1bulas

Reseñas

SEMBLANZA DE KAREN POE Y RESEÑA DEL LIBRO *EROS PERVERTIDO*

Mario Portilla

La doctora Karen Poe Lang, quien ha merecido el Premio Academia Costarricense de la Lengua 2011 por su libro *Eros pervertido. La novela decadente en el modernismo hispanoamericano* (Madrid: Biblioteca Nueva), es profesora catedrática de la Universidad de Costa Rica. Su labor en esta casa de estudios ha estado dedicada sobre todo a la docencia y a la investigación.

En el ámbito docente, se desempeña como profesora titular en la Escuela de Estudios Generales. Además, ha impartido múltiples cursos en el Sistema de Estudios de Posgrado, para la Maestría en Literatura, con énfasis en Literatura Latinoamericana, para la Maestría en Psicología, con énfasis en Teoría Psicoanalítica y para la Maestría en Artes, con énfasis en Cine. La variedad de cursos impartidos en estas dos unidades académicas demuestra ya la vocación de la autora hacia la multidisciplinariedad.

Esta inclinación polifacética venía siendo cultivada desde su época de estudiante y se refleja en los grados académicos alcanzados en la Universidad de Costa Rica. Karen Poe estudia primero el Bachillerato en Psicología y se decanta por la teoría psicoanalítica. Su interés en el psicoanálisis lacaniano la impulsa a interesarse en el lenguaje y la literatura.

Por ello, decide ingresar al Programa de Posgrado en Literatura, donde obtiene la Maestría en Literatura Latinoamericana. La temática de su trabajo final de graduación, el discurso amoroso del bolero latinoamericano, por cierto, dista mucho de ser una materia prototípica dentro de los estudios de literatura en su época.

Luego, la autora, de nuevo haciendo patente su proclividad hacia la diversificación académica, ingresa en el Programa de Doctorado en Estudios de la Sociedad y la Cultura, el cual, como es sabido, posee un perfil predominantemente interdisciplinario. Culmina con gran éxito sus estudios en el año 2007.

Por otro lado, como se ha dicho, en su labor como profesora universitaria, encuentra un lugar muy destacado la investigación. Su convencimiento de que el docente universitario idóneo debe cimentar su enseñanza no solo en una sólida formación en las aulas sino también en la creación de conocimiento, lleva a Karen Poe a echar el alma por la investigación.

La obra que hoy celebramos con el merecido premio es una muestra fehaciente de su empeño por realizar una investigación seria y profunda. También, la gran cantidad de escritos producidos por la autora reflejan su afán por contribuir al esclarecimiento de la cultura desde una perspectiva científica. Una revisión somera de su obra revela, nuevamente, la vastedad de disciplinas que su interés abarca.

Danza: “*Mariana Pineda y Swan: Dos momentos de la danza nacional*”.

Teoría literaria: “Autobiografía: ¿confesión o autoficción?”.

Literatura y psicoanálisis: “Literatura, bolero y psicoanálisis”.

Cine y psicoanálisis: *Almodóvar y Freud*.

Estudios de género: “Metáforas del cuerpo ambiguo. Una lectura de *Los susurros de Perseo y Arias de don Giovanni*”.

Y, por supuesto, crítica de las literaturas latinoamericanas, incluidas la centroamericana y la costarricense, como en “Jorge Luis Borges y la otredad inquietante”, “Violence and Sexuality in the Postwar Novel in Central America” y “El basurero de Río Azul hecho novela”.

La autora ha escrito tres libros y publicado más de 35 artículos en antologías y en revistas especializadas de los más diversos países. En este sentido, hay que destacar que el libro premiado fue publicado en la importantísima editorial española Biblioteca Nueva de Madrid, la cual pertenece al conocido grupo editorial Siglo XXI. Igualmente, gran parte de sus artículos han sido publicados en el extranjero, en Inglaterra, Estados Unidos, Argentina, México, Nicaragua, Guatemala y Alemania.

Como se ha dicho, la obra de Karen Poe es diversa en su temática. Sin embargo, toda ella está atravesada por la constante. Una que refleja la toma de posición del científico social comprometido con la realidad que estudia, una constante que se convierte, por cierto, en una marca distintiva de su estilo y de la que su libro premiado es fiel testigo: se trata del cuestionamiento de una ideología burguesa mojigata y moralista y del descubrimiento de una estética transgresora y subversiva (insubordinada).

Por otro lado, y como parte de su labor investigativa, la autora ha participado en más de 35 congresos, coloquios, seminarios y conferencias tanto en Costa Rica como en el extranjero. Por ejemplo, ha sido conferencista invitada en la Universidad de París 8, en Francia, en la Universidad de Viena, Austria, y en el Institut Canadien de Quebec, en Canadá.

La trayectoria académica de la Dra. Karen Poe es, a mi juicio, fiel reflejo de una vocación verdaderamente humanista, sí, pero de aquel humanismo renacentista, el que concibe al ser humano como la medida de todas las cosas (tal como lo hicieron los antiguos clásicos). El humanista que descubre y aprecia al ser humano de carne y hueso, con sus luces y sus tinieblas y que, por tanto, se rebela contra el oscurantismo de ideologías infectas que pretenden disminuir su verdadera naturaleza.

Su libro *Eros pervertido. La novela decadente en el modernismo hispanoamericano* consta de cuatro secciones y de una introducción. En él se estudia la novela decadente del modernismo hispanoamericano y se propone la hipótesis de que esta se funda en una visión estética basada en una erótica trasgresora y subversiva:

Propongo que el decadentismo fue para la América hispana una ética, una retórica, un estilo (eso ya ha sido señalado), pero fundamentalmente fue también una erótica. Y, como toda erótica, era adversa a la moral establecida y el supuesto bien común. Hacía peligrar las costumbres y el orden social.

Las novelas estudiadas abarcan un período de 18 años, desde 1896 (*De sobremesa* de José Asunción Silva) hasta 1914 (*El oro de Mallorca* de Rubén Darío), el cual corresponde al denominado *fin de siècle*. Los textos tomados en cuenta para el estudio son, además de los ya citados, *El hombre que parecía un caballo* (1914) de Rafael Arévalo Martínez, *Del amor, del dolor y del vicio* (1899) de Enrique Gómez Carrillo, *La raza de Caín* (1900) de Carlos Reyles, *La ciudad de los tísicos* (1911) de Abraham Valdelomar y *El domador de almas* (1899) de Amado Nervo.

En la primera sección, se realiza una aproximación al erotismo de fin de siglo desde los ámbitos discursivos de la literatura y del discurso de los alienistas, psiquiatras e higienistas franceses, con el fin de “evaluar la apropiación que hicieron de éstos nuestros escritores decadentes”.

En la segunda parte, se plantea la importancia que los ‘géneros menores’ (especialmente la novela autobiográfica) como espacios de indagación de la interioridad o intimidad. El tema es estudiado en dos novelas autobiográficas: *De sobremesa* y *El oro de Mallorca*.

En el tercer capítulo, se problematiza el tema de la recepción del decadentismo en Hispanoamérica (principalmente con base en el análisis del texto *El hombre que parecía un caballo*) por parte del discurso crítico, el cual ha pretendido “silenciar el potencial transgresor de ese texto”.

En el cuarto apartado, se abordan las manifestaciones del discurso decadente sobre diversos aspectos: la construcción del cuerpo (masculino-femenino-andrógino), el erotismo y la sexualidad.

La obra Eros pervertido: La novela decadente en el modernismo hispanoamericano constituye un estudio sagaz, profundo y teóricamente bien fundamentado que ofrece una perspectiva novedosa de la corriente estética decadentista del modernismo hispanoamericano.

Así, a partir del psicoanálisis lacaniano y con base en la teoría *queer*, la autora reinterpreta, de manera muy original, el movimiento decadentista del modernismo hispanoamericano como el intento de un grupo de escritores por fundar una nueva estética a partir de la exploración individual de la degeneración social y

subjetiva del ser humano (de acuerdo con los parámetros decimonónicos de la psiquiatría y higienismo en Francia) en una época clave de autodefinición cultural en Hispanoamérica. Según la autora, esta búsqueda, finalmente, va a desembocar en una subversión tanto de la estética literaria de finales del siglo XIX como de la ética y de los convencionalismos, especialmente sexuales, de esta época.

Este ensayo, sin duda alguna, destaca por su gran originalidad y la audacia de sus planteamientos. Sin embargo, con todo, es también una obra que revela un conocimiento sólido y profundo de la temática tratada (como lo demuestran, por ejemplo las más de 300 notas que profusamente acompañan al cuerpo del texto y las más de 200 referencias bibliográficas). Por ello, su argumentación es convincente.

Además, tanto el tratamiento de la teoría en la que fundamenta sus razonamientos como los análisis mismos de las fuentes primarias muestran una magnífica lucidez y una aguda perspicacia.

Todo el texto está escrito con un estilo fluido y ameno. La escritura se destaca por ser pulida, cuidadosa pero simple a la vez. Estas características resultan en un ensayo de una claridad y lustre sobresalientes.

Publicado por la prestigiosa editorial española Biblioteca Nueva, este libro es una muestra de que la crítica literaria de autores costarricenses traspasa las fronteras del país. Por lo ambicioso de su temática, dedicada al estudio de autores y obras de diversos países y al abordaje del decadentismo modernista en Hispanoamérica, este tratado alcanza una trascendencia internacional, que refleja el nivel alcanzado por una crítica literaria costarricense madura, sólida y de gran profundidad teórica y conceptual.

Por todo ello, esta obra se hace, meritoriamente, merecedora del Premio de la Academia Costarricense 2011.

EL OÍDO MÁGICO

Gabriela Salas Núñez¹

El texto *El oído mágico* de José Picado Lagos, (Editorial de la Universidad Estatal a Distancia, 2012)² consta de siete relatos cortos que se desarrollan en el pueblo de Barva, con veintiséis ilustraciones que el pintor Carlos Arguedas Molina elaboró específicamente para esta publicación. Los personajes de los relatos reelaboran el motivo literario de la aventura del héroe, en el que el héroe literario debe afrontar una serie de acontecimientos que lo llevarán a alcanzar un estado superior. Las historias, conforman, entonces, un viaje de exploración personal que se analiza a continuación.

Desde los títulos de cada cuento se establecen vínculos con el proceso de transformación del héroe. “El cruce del Burío” se refiere al umbral y los obstáculos que debe atravesar Trina para convertirse en maestra. En los tres episodios que conforman este cuento la protagonista se enfrentará de manera cíclica a las pruebas que la llevan a cumplir una empresa trascendental.

En el primer episodio, la presencia del cartero que le entrega un nombramiento del Ministerio de Educación remite al mensajero que anuncia una manifestación preliminar de las fuerzas que empiezan a estar en juego; el telegrama es la llamada a la aventura, el anuncio del inicio de un nuevo viaje donde cumplirá la misión de educar a cientos de niños. En términos de Campbell, la llamada de la aventura significa que el destino ha llamado al héroe y ha transferido su centro de gravedad espiritual del seno de su sociedad a una zona desconocida (Campbell; 1959: 40). En este viaje, su yegua Brisa ayuda al tránsito hacia el espacio desconocido, así como al recorrido del viaje del “largo peregrinar por decenas de escuelas rurales” (p. 4); es la idea del caballo aislador que evita el contacto inmediato del héroe con la tierra y sin embargo le permite pasearse entre los pueblos del mundo; es un ejemplo vívido de la precaución básica que generalmente toman los portadores de la fuerza supernormal (Campbell; 1959: 139).

El segundo episodio muestra a Trinita alistando sus útiles escolares para iniciar su primer día de escuela; aquí aparecen los rasgos del héroe literario: la niña tiene facultades superiores, es la única de siete hermanos que sobrevive y que

1 Licenciada en Literatura y Ciencias del Lenguaje, Universidad Nacional, Costa Rica.

2 Este es el segundo libro de cuentos escrito por José Picado Lagos. Anteriormente había publicado, en el 2008, *Los años de verde olivo*, donde relata su experiencia como combatiente en Nicaragua en contra de la dictadura de Anastasio Somoza.

logra llegar a la edad de asistir a la escuela. Trina atraviesa el umbral de lo desconocido, el zaguán sombrío de la escuela, que la llevará hasta el guía, el maestro Pedro Murillo, quien será el encargado de la iniciación de la niña.

Por último, se narra la juventud de Trina, la separación de la madre, del espacio seguro, para emprender el viaje en solitario: la travesía por lugares peligrosos hacia alcanzar un estado superior. El personaje inicia el viaje a la Escuela Normal, antes del amanecer; como se sabe, la oscuridad remite a lo desconocido, a la muerte simbólica del personaje, paso previo para iniciar la vida de la iluminación. A la salida del pueblo, está el matadero como “un barco incendiado que está a punto de hundirse en el fondo del mar” (p. 10); recuérdese que el fuego y el agua son elementos purificadores que, en este caso, preparan a la joven para las tareas que ha de enfrentar; además la imagen del barco recuerda a Caronte, encargado mítico de llevar las almas al inframundo. El matadero es, además, el umbral, custodiado por criaturas infernales, pasaje que solo los elegidos se atreven a franquear. Por último, el cruce de la Quebrada Seca, es el traspaso del límite, el enfrentamiento a un destino ascendente que la conduce a una nueva zona de experiencia, la ciudad de Heredia, espacio iluminado por los primeros rayos del amanecer.

La narración no sigue un orden cronológico. El capítulo segundo de este mismo cuento muestra la infancia de Trina y establece una estructura especular que enfrenta los dos viajes (a las escuelas rurales y a la Escuela Normal); la imagen de la muchacha leyendo su cuento favorito antes de ser nombrada como maestra, se repite al final, cuando recuerda a su maestro leyendo “La flor del olivar”. En un movimiento que confiere circularidad al relato, Trina se ve reflejada en el guía y se transforma en él.

El segundo cuento “Dios y el Estado”, refiere a los dos mundos o espacios conquistados por el héroe, Nemesio, quien es expulsado del seminario por leer un texto considerado satánico: *Dios y el Estado* de Miguel Bakunin, facilitado por un joven llamado Víctor Manuel Sanabria. La historia de Nemesio duplica el fragmento del libro que aparece en el relato: el seminarista es el Adán emancipado por la lectura, y como Adán, es expulsado. Según Campbell, el héroe que aspira al conocimiento pleno y verdadero no debe permanecer seguro, al borde del abismo, sino que tiene que tocar fondo en las profundidades tenebrosas para alcanzar la luz con mayor plenitud. Antes de la separación, el protagonista supera una primera prueba, guarda silencio para proteger a su compañero Víctor Manuel.

Una vez fuera del recinto religioso, Nemesio inicia un viaje sin regreso; en la búsqueda terrena de su identidad se encuentra con Trina, la figura que aparece repentinamente como guía y señal para marcar un nuevo período, una nueva etapa en la biografía, quien lo convence para que se convierta en maestro. En esta profesión encuentra un nuevo y verdadero apostolado.

El reencuentro con Víctor Manuel, ahora arzobispo de San José, corresponde al reconocimiento del héroe, etapa final del recorrido: el religioso acepta que la aventura de Nemesio le ha dado una recompensa auténtica, mientras que él ha permanecido en el “imperio del César”. Nemesio ha logrado comprender y atravesar los dos mundos, sin contaminar los principios de un espacio con los del otro; sus cualidades le permitieron aplicar los conocimientos del lugar originario en la travesía de la docencia, ese es el talento del maestro.

El protagonista del tercer cuento, “El gallo”, presenta al héroe desconocido o despreciado. El niño José Bernardo, hijo de un médico, cumple con los rasgos característicos del héroe: viene de un lugar lejano y su padre es el iniciador por medio del cual el pequeño entra en un mundo desconocido: el equipo de fútbol infantil. La prueba que debe enfrentar es obedecer el mandato y satisfacer el deseo del padre, pero Miguel, el entrenador, después de lograr que el médico compre los uniformes del equipo en la tienda de don Víctor Manuel, no cumple la promesa de que el niño sea titular en el equipo y justifica esta acción diciendo que José Bernardo es el “gallo tapado” para los juegos importantes.

El gallo es un animal solar, guía a las ánimas en los ritos de iniciación, su sacrificio tiene la propiedad de atraer el bien; por estas cualidades, el niño se convierte en el sacrificado, el héroe oculto que genera beneficios a su equipo por medio de su silencio. Pero esto sólo lo sabrá años después, cuando recuerde y narre ese episodio; entonces podrá pueda reconocer las señales y tomar plena conciencia de lo sucedido.

En “El camino al Tururo”, los niños de la escuela trasgreden los límites impuestos por los mayores y se aventuran en el espacio prohibido. El desplazamiento espacial para llegar a la poza se asimila al recorrido del héroe, hay un descenso hasta un alambrado, el límite que marca el inicio de la zona de la aventura. Esta región de tesoro y peligro aparece representada en un bosque, un reino subterráneo de las aguas, con hechos sobrehumanos y deleites imposibles (Campbell, 1959: 40). Sin embargo, los niños no están preparados para enfrentar los retos que presenta este espacio, por eso aprenden a nadar en El Higuito, una poza menos peligrosa y lugar de paso. La estancia en este lugar equivale al periodo de iniciación del héroe, al desarrollo de sus facultades, al reconocimiento de las señales y a la aceptación del desafío:

Al rato salimos temblando del agua y nos pusimos a asolearnos en el potrero, exprimimos el calzoncillo y antes de las once de la mañana nos vestimos y nos dirigimos a nuestras casas para almorzar. Cuando pasamos enfrente de la cantina de don Víctor Manuel, sacamos el pecho orgullosos y no les hicimos ningún caso a las tonteras que nos dijeron. No creíamos en nadie. Empezábamos a hacernos hombres y todos creíamos que podíamos parecernos a Tarzán (p. 39).

El llamado definitivo llega a través de la película *Tarzán y la Diosa Verde*, que se exhibía en el cine del pueblo, inspiración para lograr cruzar la poza. En la aventura heroica, el encuentro con la diosa representa la posibilidad del júbilo porque “ella es el modelo de belleza, la réplica de todo deseo, la meta que otorga la dicha a la búsqueda terrena y no terrena de todos los héroes” (Campbell, 1959: 68).

El desafío contempla también la derrota de los rivales; es así como el protagonista debe vencer a Canoso y Cara de Huevo, quienes pueden lanzarse a la poza más grande desde el higuerón. Pero el joven lleva más allá su desafío, porque se lanza de cabeza, no de pie como aquellos; esta hazaña la logra un domingo, día en que concurre más gente al río, día también con significado solar y de renacimiento.

Cuando la misión del héroe se lleva a cabo por la inmersión en la fuente, el aventurero regresa con su trofeo trasmutador de la vida (Campbell; 1959: 113), por eso, el clavado en la poza del héroe es el símbolo de la transformación física, psíquica y espiritual, es la inmersión alquímica o regreso al útero que termina la infancia y le abre un nuevo camino. Por eso, el iniciado, al salir victorioso del agua ve su recompensa, contempla a la diosa verde, la China Cordero que lo mira “radiante de felicidad” (p.40).

“Mano multada” narra la historia de Carlos, un tío del narrador “bueno para los piñazos”, imagen del héroe ansioso por el resultado de los hechos. Carlos es el restaurador del orden por medio de una fuerza sobrenatural que le permite siempre ganar las peleas con rivales más fuertes. Es el héroe de las cosas que son, no de las que han sido; en él hay ansiedad por los resultados inmediatos, cada pelea es una muerte simbólica del otro y una celebración de la vida.

Carlos es un personaje dual: a la pasividad de su vida familiar, se opone la vitalidad de los retos y las peleas, a su profesión de farmacéutico se opone la irracionalidad de la violencia, pero son las peleas las que lo hacen salir de la esfera de lo cotidiano y enaltecerlo ante los ojos de los vecinos. El enfrentarse a una prueba de fuerza ante quien abuse de su sobrino o se atreva a decir que “los barbeños son un poco de cobardes” lo convierte en el protector y restaurador del honor mancillado. En este caso, la recompensa obtenida es el reconocimiento de las hijas de doña Pilar que le curan las heridas, o bien, un trago donde Mulo o donde Enrique.

“El paraíso recobrado” representa la muerte del actante como una prueba fallida. Así lo explica el narrador:

Walter tenía problemas de guaro como todos nosotros pero nunca imaginé que la cosa fuera tan grave (...) ¿Por qué será que los varones son más pendejos para enfrentar la vida que las mujeres, porque las chiquitas se han manejado siempre muchísimo mejor...? (p. 59).

El narrador adquiere el papel del padre al inicio de la narración cuando al mirarse en el espejo se asombra de su parecido con el doctor; a partir de ahí, se transforma en el guía que deberá ayudar al tránsito del difunto al otro mundo. La imagen del difunto comparada con la de un dios griego contribuye a la asociación del narrador con el barquero Caronte; la corona de flores que ofrece al joven fallecido es símbolo de la fugacidad de la existencia, del viaje de las ánimas, pero también de la plenitud alcanzada por el viajero. Los primos que llevan el ataúd son ayudantes psicopompos, es decir, apoyan a Walter en su partida al más allá. El ritual termina con un brindis en “El Chaquetazo”, como muestra de unión, de despedida y como ofrenda a la vida. La ayuda del narrador permite que el alma del difunto complete la trayectoria inconclusa; se reanuda así el destino truncado y es posible la unión del viajero con sus padres en el paraíso.

El último relato, “El oído mágico”, no guarda relación con la saga familiar que enlaza las otras seis narraciones. La encarnación del héroe es Eladio, un músico que rememora su vida. El origen oscuro, perdido en la memoria empieza a construir la figura heroica del personaje narrador. Los recuerdos muestran como, por una cierta cualidad extraordinaria, adquiere los conocimientos de una manera singular: transforma los sonidos fenómenos naturales y estos, en música; por medio una serie de símiles, se describe el fenómeno:

Las repeticiones de las consonantes y las vocales, en coros de voces agudas y graves, me viene a la cabeza, como las olas que desembocan en la fina arena del mar. La voz de la maestra llamando la atención de sus alumnos la he escuchado como ráfagas de vientos huracanados. El ir y venir del griterío de los niños jugando quedó en el recreo lo percibo como la lluvia de confeti que nos lanzaban las muchachas en las fiestas de San Bartolomé. La campana llamando a clases la recuerdo siempre en sí misma... en su agudeza (p. 63).

Estos sonidos son a la vez manifestación de la superioridad de héroe y llamado a la aventura. El personaje posee una conexión especial con el mundo a través del oído, agente revelador de mensajes ocultos.

El salón municipal, lugar donde ensaya la banda local, es el espacio de la trasmutación y generador de la magia percibida por Eladio. La ventana por la que el personaje ve a los músicos tocar sus instrumentos es el espejo que devuelve la imagen del deseo irrealizado. Don José, el director de la banda, se presenta como el guardián del umbral que conduce al ámbito de la música y permite el paso al elegido.

Una vez traspasado el límite, inicia el recorrido por la vida del músico, posición que le permite interpretar la realidad de una manera particular, de manera que puede percibir verdades ocultas para otros: el que el movimiento de la Virgen

en la gruta no es una ilusión provocada por la luz y las mariposillas, así como la preocupación del obispo porque el “milagro barveño” podría menoscabar las ganancias generadas por la romería a Cartago. Además, le permite saber que Herminio Alfaro fue asesinado por Guillermo Villegas no solo por celos sino también por motivos políticos.

Como intérprete de los platillos o el redoblante, Eladio es testigo y suscita el ciclo vital de los habitantes del pueblo: anima las retretas y las fiestas de agosto, símbolo de fiesta, alegría y renovación y, por otro lado, toca en los funerales, última etapa del recorrido existencial. De igual manera, esta tarea le permite, sobre todo en los toques de Semana Santa, alcanzar un grado mayor de espiritualidad, lo que permite elevar las potestades heroicas. Al final del relato, después de 76 años como ejecutante en la filarmónica, don Eladio es reconocido públicamente por su labor, recapitula y entiende, mientras otros músicos tocan en su honor, que la aventura sigue y nuevos personajes continúan el camino trazado por los sonidos mágicos.

De esta manera, el libro, tomado en su totalidad, parece reflejarse a sí mismo: si se lee el conjunto de los cinco primeros cuentos como un único texto, vemos que entre todos construyen también el motivo del viaje del héroe: los primeros hablan de los antepasados, los siguientes de las pruebas a que éste es sometido y el quinto muestra al héroe ocupando el lugar del padre. En este esquema, el último cuento, como se dijo ajeno a la saga familiar, refiere al momento en que el narrador, ya dueño de su destino y su palabra, la cede a otros personajes para que narren su propio periplo por la vida.

Así, estos cuentos reiteran el tema del viaje, imaginan la vida como una sucesión de tareas, de retos, y descubren que la misión heroica es asumir esos desafíos. El narrador es el oído mágico que percibe el rumor lejano de las señales que marcan la trayectoria del viaje y que, con sus palabras, tienta al lector para aceptar la aventura.

Bibliografía

- Campbell, Joseph. 1959. *El héroe de las mil caras Psicoanálisis del mito* (1949) México: Fondo de Cultura Económica.
- Picado Lagos, José. 2012. *El oído mágico y otros cuentos*, San José: EUNED.

ITINERARIOS DEL DESEO

Flora Ovaes Ramírez

Itinerarios del deseo: los Pasajes de Cortázar: de la referenciación en el relato fantástico, libro de Alma Aguilar prologado por Colette Noyau (Editorial Académica Española - Alemania), estudia los mecanismos lingüísticos que construyen el texto y generan el efecto de lo fantástico en varios cuentos del escritor argentino¹. La autora analiza en detalle varios relatos, provenientes sobre todo del volumen *Pasajes*, uno de los cuatro en que Cortázar agrupó sus cuentos.

Al entender de la autora de este ensayo, lo fantástico debe buscarse más allá de los temas y los motivos ya que es el tratamiento particular de los diferentes campos referenciales: tiempo, espacio y persona, lo que dota al texto de su carácter fantástico.

El análisis de “El otro cielo” le permite escudriñar la disposición temporal dual que organiza el cuento; examina la alternancia y la imbricación de las configuraciones temporales, no sólo en los elementos gramaticales sino también en los léxicos. El diseño temporal propuesto en este relato arrastra una particular relación de las historias narradas, todo lo cual se sintetiza en la figura de la guirnalda.

El capítulo segundo estudia la importancia de lo espacial, señalada por varios autores como inseparable del surgimiento de lo fantástico y la realización del pasaje. La autora se centra sobre todo en el cuento “Ahí, pero dónde, cómo”. Aguilar analiza las estrategias discursivas que hacen posibles determinadas relaciones entre los espacios y el vaivén del punto de vista entre territorios aparentemente alejados e incompatibles. La configuración del espacio desconocido, incierto, aunque intuido, que posibilita la experiencia fantástica surge de una serie de “operaciones de identificación y asociación discontinua de referencias conceptuales” (p. 74) que la estudiosa detalla en su trabajo.

A partir de “Lejana”, se analiza el uso de los recursos lingüísticos que posibilitan comprender la dualidad y la alteridad, manifiesta en ámbitos como la historia, el tiempo y el espacio. Aguilar señala la manipulación que hace Cortázar de los procedimientos discursivos básicos (como nombrar, identificar y caracterizar) para producir la ambigüedad, elemento central de lo fantástico.

¹ El libro parte de una tesis doctoral presentada en la Universidad París 10-Nanterre (París Oeste) y se orienta por la perspectiva teórica de la lingüística del texto. Otros datos y comentarios sobre este libro pueden leerse en Margarita Rojas. 2012. “Pasajes de Cortázar”, “Áncora”, *La Nación*, 30 de setiembre, p. 4

Los valores simbólicos, las dicotomías, la presencia del doble, la constante atracción entre la realidad cotidiana y su oscuro reverso se relacionan sobre todo en este caso con la categoría de persona. Como en los análisis precedentes, muestra la función tanto de los aspectos gramaticales como de los valores semánticos y lexicales en el proceso de creación de la incertidumbre en el lector. Asimismo, se detiene en el papel del narrador o los narradores de la historia, particularmente en los cambios de perspectiva relacionados con ese carácter del texto.

El capítulo IV del libro inquiriere acerca del pasaje fantástico. En palabras de la autora: “En estos cuentos destaca tanto el profundo contenido simbólico de la figura del pasaje como su polivalencia conceptual. La noción de pasaje remite a una parte, ya sea de un espacio físico, textual e incluso, musical” (p.109). Además, el pasaje entrelaza dos mundos de otra manera irreconciliables y proporciona coherencia al relato; es decir, viabiliza el relato mismo. La fuerza del deseo que mueve a los personajes de Cortázar a trasgredir fronteras en busca de sí mismos o del lugar soñado equivale al impulso del escritor, y se impone y revoluciona el texto, en un movimiento trasgresor semejante al posibilitado por el pasaje fantástico.

Este movimiento liberador se corresponde con la actitud exigida al lector de estos relatos, asunto estudiado en el capítulo V, “El desafío interpretativo”. El reto que constituyen estos cuentos salva al lector de la rutina y el determinismo, pues modifica en él “las estrategias habituales de construcción de la representación, y, por esa vía, su universo de creencias” (p. 136). Al dificultar la construcción de la referencia mediante el escamoteo de datos, el juego de las perspectivas, el ocultamiento de pistas y otras estrategias lúdicas, el texto se convierte en un verdadero pasaje que permite el tránsito del lector hacia lo fantástico.

Con un estilo fluido y cuidado, el ensayo de Alma Aguilar escruta el reverso de los cuentos de Cortázar, sus estrategias más creativas y atrevidas, las que posibilitan la aparición de lo insólito en el espacio textual y lo convierten en un umbral de lo desconocido. Analiza cómo cada elemento de los cuentos construye y hace surgir el pasaje de modo que cada cuento se convierte en el pasaje que atrapa al lector y lo empuja a la nueva experiencia.

Este estudio constituye un aporte valioso a los estudios especializados acerca de la obra de Cortázar y ofrece pistas para una aproximación nueva y rigurosa al género fantástico. Tal vez, también nos permita vislumbrar el mecanismo general de la lectura literaria, pasaje del que emerge lo inquietante y que nos conduce a espacios liberados.

Esta revista se terminó de imprimir en la Sección de Impresión del SIEDIN, en diciembre de 2012.
Universidad de Costa Rica
Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, Costa Rica
IG 1435

